COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
ICAI ICADE CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

EL CARDENAL MAZARINO

De la guerra con España a la Paz de los Pirineos

Estudiante: Marcos Gama Ruiz

Director: Dr. José Manuel Sáenz Rotko

Madrid, abril 2025

Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado

Por la presente, yo, Marcos Gama Ruiz, estudiante de Doble Grado en Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado "El cardenal Mazarino. De la Guerra con España a la Paz de los Pirineos", declaro que he utilizado la herramienta de IA Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Sintetizador y divulgador de libros complicados**: Para resumir y comprender literatura compleja.
2. **Traductor**: Para traducir textos de un lenguaje a otro.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 15/04/2025

Firma:

Índice

1. INTRODUCCIÓN 5
2. CONTEXTO HISTÓRICO Y POLÍTICO: LA EUROPA DEL SIGLO XVII 6
2.1. EUROPA: GUERRAS Y EQUILIBRIO DE PODER 6
2.2. LA MONARQUÍA HISPÁNICA Y SU LENTO DECLIVE 9
2.3. LA FRANCIA DE LUIS XIII 12
3. EL CARDENAL MAZARINO Y SU ASCENSO AL PODER 16
3.1. ORIGEN Y FORMACIÓN POLÍTICA 16
3.2. AL SERVICIO DE FRANCIA Y SUCESOR DE RICHELIEU 17
4. LA GUERRA FRANCO-ESPAÑOLA (1635-1659) 21
4.1. ANTECEDENTES 21
4.2. PRIMEROS AÑOS DE GUERRA 22
4.3. LA PAZ DE WESTFALIA 23
4.3.1. Guerra y diplomacia 23
4.3.2. La Paz y sus consecuencias 29
4.4. LA FRONDA 30
4.4.1. Sublevación 30
4.4.2. Implicaciones 32
4.5. ALIANZA CON LA INGLATERRA DE OLIVER CROMWELL 33
4.5.1. Inglaterra: antecedentes y contexto 33
4.5.2. La alianza y su impacto en la Guerra 34
5. LA PAZ DE LOS PIRINEOS (1659) 36
5.1. NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS: MAZARINO Y LUIS DE HARO 36
5.2. EL TRATADO DE LOS PIRINEOS 40
5.3. CONSECUENCIAS 43
5.3.1. Francia y su nuevo lugar en el mundo 43
5.3.2. España: un futuro incierto 44
6. CONCLUSIONES 47
6.1. EVALUACIÓN DEL PAPEL DE MAZARINO 47
6.2. HEGEMONÍA FRANCESA: CONSOLIDACIÓN Y TRANSFORMACIÓN 49
7. BIBLIOGRAFÍA 52
8. ANEXOS 56

Resumen: Este trabajo analiza la figura del cardenal Julio Mazarino y su papel en el conflicto entre Francia y España durante el siglo XVII, con especial atención al proceso diplomático que condujo a la firma de la Paz de los Pirineos en 1659. A través de un enfoque centrado en la historia de las relaciones internacionales, se examina cómo Mazarino, sucesor de Richelieu, logró consolidar la posición de Francia mediante la diplomacia, las alianzas y la negociación estratégica. El estudio recorre el contexto europeo del siglo XVII, los principales episodios de la guerra franco-española, y la participación de Mazarino en la Paz de Westfalia de 1648 y en la resolución del conflicto con España. Asimismo, se abordan las consecuencias de estos tratados para Francia y España, el legado político del cardenal y el inicio de la hegemonía francesa en Europa. Este trabajo busca, por tanto, contribuir a una valoración más justa de una figura a la que tal vez no se le ha reconocido plenamente su contribución a la configuración de la Europa moderna.

Palabras clave: Mazarino, Paz de los Pirineos, Francia, monarquía hispánica.

Abstract: This paper analyzes the figure of Cardinal Jules Mazarin and his role in the conflict between France and Spain during the seventeenth century, with particular focus on the diplomatic process that led to the signing of the Peace of the Pyrenees in 1659. Through an approach centered on the history of international relations, it examines how Mazarin, successor to Richelieu, managed to consolidate France's position through diplomacy, alliances, and strategic negotiation. The study explores the European context of the seventeenth century, the main episodes of the Franco-Spanish War, and Mazarin's involvement in the Peace of Westphalia of 1648 and in resolving the conflict with Spain. It also addresses the consequences of these treaties for both France and Spain, the cardinal's political legacy, and the beginning of French hegemony in Europe. This work thus seeks to contribute to a more balanced assessment of a figure whose contribution to the shaping of modern Europe has perhaps not been fully recognized.

Keywords: Mazarin, Peace of the Pyrenees, France, Spanish monarchy.

1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo se centra en el papel del cardenal Julio Mazarino como actor clave en el desarrollo del conflicto entre Francia y España en el siglo XVII, con especial énfasis en el camino que llevó a la firma de la Paz de los Pirineos en 1659. A través de un recorrido histórico, se pretende arrojar algo más de luz sobre uno de los personajes más influyentes y, sin embargo, menos reconocidos de la historia de las relaciones internacionales. Aunque Mazarino fue artífice de profundas transformaciones en Europa, su figura ha quedado a menudo eclipsada por la fama de su predecesor, el cardenal Richelieu, tanto en la historiografía francesa como en la internacional.

La idea de este trabajo surgió durante mi estancia en Lille, Francia, en el marco de mi intercambio universitario 2024/2025. Inspirado por mi pasión por la historia, y en particular por la Edad Moderna, entendida como una etapa de transición clave en la configuración del mundo contemporáneo, decidí centrar mi investigación en una figura que, siendo esencial para la historia europea, ha sido tradicionalmente relegada incluso en su propia patria de adopción. El hecho de que Mazarino fuese italiano de nacimiento contribuyó, sin duda, a esa falta de reconocimiento.

La relevancia de Mazarino no solo radica en su papel político, sino también en su protagonismo en la configuración de un nuevo modelo de relaciones internacionales. Su actuación en las negociaciones de la Paz de Westfalia de 1648 y de la Paz de los Pirineos muestra cómo fue capaz de articular una diplomacia moderna, basada en congresos, tratados multilaterales y principios como el equilibrio de poder. En este sentido, su legado trasciende a la etapa de confrontación y se proyecta sobre el surgimiento de los Estados modernos europeos.

A lo largo del trabajo se intenta demostrar, por tanto, que Mazarino fue algo más que un hábil diplomático. Fue el estratega que sentó las bases de una nueva Francia, capaz de superar crisis internas como la Fronda y de consolidar un poder estatal que permitiría a Luis XIV proyectar a su reino como gran potencia hegemónica. Desde ese punto de partida histórico puede explicarse, en buena medida, la influencia internacional que Francia ejercerá en los siglos posteriores, desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

2. CONTEXTO HISTÓRICO Y POLÍTICO: LA EUROPA DEL SIGLO XVII

2.1. EUROPA: GUERRAS Y EQUILIBRIO DE PODER

La Europa de principios del siglo XVII fue heredera del convulso y decisivo siglo XVI. Este periodo estuvo marcado por un conjunto de cruciales acontecimientos que, ya desde sus primeras décadas, pusieron en entredicho el sistema político y religioso legado por la Edad Media. La Reforma protestante, iniciada en 1517 por el fraile agustino Martín Lutero, inauguró una nueva era marcada por la fragmentación religiosa y por tensiones políticas que convirtieron al continente en un escenario de enfrentamientos constantes entre católicos y protestantes. Estos conflictos, propios de la época moderna y conocidos como guerras de religión, influyeron profundamente en las relaciones entre los distintos estados europeos, ya que a la agitación confesional se sumaban las ambiciones políticas de las potencias emergentes.

El nuevo hegemón europeo del siglo XVI, el imperio de Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico (1500-1558), perteneciente a la poderosa Casa de Habsburgo, constituía una monarquía católica cuyos dominios se extendían por gran parte de Europa. No obstante, el corazón de este vasto conjunto territorial, el Sacro Imperio, era también el epicentro de las crecientes tensiones religiosas y políticas. Tras décadas de enfrentamientos entre el emperador y los príncipes protestantes, la Paz de Augsburgo de 1555 marcó un punto de inflexión al tratar de estabilizar la región, permitiendo a los príncipes elegir la confesión de sus territorios bajo el principio de *cuius regio, eius religio*. Sin embargo, esta paz no reconoció a la nueva escisión del luteranismo, el calvinismo, lo que generaría nuevos conflictos, esta vez con más confesiones implicadas.

Mientras tanto, en paralelo a las tensiones internas en las tierras imperiales, España alcanzaba con Carlos I y, especialmente, con su hijo Felipe II (1527-1598), el apogeo de su poder. La Corona española no solo gobernaba una inmensa red de territorios en Europa, sino también en América y Asia. Con la anexión de Portugal en 1580, los Habsburgo españoles se consolidaron como la primera hegemonía global. No obstante, esta abrumadora concentración de poder comenzó a generar serios desafíos en la gestión de sus dominios y poblaciones. En 1566 estalló una grave revuelta en las posesiones flamencas, que daría inicio a un prolongado

conflicto por la independencia de los Países Bajos: la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648), protagonizada por los rebeldes holandeses bajo el liderazgo de Guillermo de Orange y su hermano Luis de Nassau. Por otro lado, la Francia de la dinastía Valois, derrotada por Felipe II en la batalla de San Quintín en 1557 y encajonada entre territorios controlados por los Habsburgo, se encontraba sumida en sus propias guerras de religión (1562-1598), lo que realmente la dejaba fuera de grandes aspiraciones en Europa.

Sin embargo, a partir del último cuarto del siglo XVI, el equilibrio en Europa comenzó a transformarse con rapidez. En 1588 tuvo lugar un punto de inflexión para la monarquía hispánica con la derrota de la Armada Invencible frente a la Inglaterra de Isabel I (1533-1603), que a partir de entonces intensificó su apoyo a los rebeldes protestantes de los Países Bajos. Al mismo tiempo, las potencias menores del este y del norte de Europa empezaban a ejercer una influencia creciente en el desarrollo de los acontecimientos continentales. La rivalidad entre Dinamarca y Suecia impulsaba a esta última a mirar con aspiraciones expansionistas hacia las regiones septentrionales del Imperio, mientras que los enfrentamientos entre Rusia y la católica Polonia contribuían a extender el conflicto religioso más allá del centro de Europa. No obstante, la gran guerra que se avecinaba iba a estallar en el corazón mismo del continente: el Sacro Imperio.

El triunfo de la Liga Santa frente al Imperio otomano en la batalla de Lepanto en 1571 puso fin a la expansión turca por el Mediterráneo y fue percibido como una victoria para la causa católica. Sin embargo, estos acontecimientos, lejos de consolidar una cristiandad unida bajo el liderazgo de los Habsburgo, marcaron el final de ese ideal de unidad frente al islam, al tiempo que agravaban las divisiones internas entre católicos y protestantes dentro del Imperio. La Contrarreforma, iniciada en 1545 con el concilio de Trento y liderada por el papado, desplegó durante décadas una intensa ofensiva ideológica utilizando la imprenta, el arte y los mecanismos de control institucional para defender la ortodoxia católica. Los protestantes, por su parte, respondieron con sus propios medios de propaganda y movilización. En este clima de polarización creciente, la formación de alianzas confesionales como la Unión Protestante en 1608 y la Liga Católica en 1609 consolidó la división del Imperio y preparó el terreno para el estallido de un conflicto a gran escala.

Tras la compleja sucesión que siguió a la muerte del emperador Rodolfo II en 1612, Fernando II de Habsburgo (1578-1637) fue designado emperador en 1617[1]. Desde ese momento, emprendió una estricta política de restauración católica que despertó un profundo descontento entre la nobleza protestante. Así, el 23 de mayo de 1618, en plena crisis institucional del Sacro Imperio, representantes del Reino de Bohemia eligieron como su rey al príncipe elector palatino Federico V (1596-1632), calvinista, en lugar de reconocer al emperador Fernando II. Ese mismo día, dos gobernadores imperiales fueron arrojados por una ventana del Castillo de Hradčany, en Praga, en un episodio que pasó a la historia como la "Defenestración de Praga" y que marcó el inicio de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648).

Lo que comenzó como una revuelta regional de varios estados contra su soberano, pronto se internacionalizó, convirtiéndose en el mayor conflicto europeo hasta el momento, y considerado "hasta el inicio de la I Guerra Mundial como el episodio más devastador de la historia europea" (Presumido, 2020, p. 4). Aunque auspiciado por el factor religioso, indisociable en el siglo XVII del factor político, el conflicto pronto fue también una guerra entre estados, impulsada por intereses estratégicos más allá de las divisiones confesionales. Durante la década de 1620, la guerra adoptó inicialmente el carácter de una auténtica guerra civil alemana, pero pronto atrajo la intervención de potencias extranjeras que se involucraron no solo en defensa de la "fe verdadera", sino también en busca de ventajas políticas y territoriales.

Como señaló Johannes Burckhardt, la Guerra de los Treinta Años no solo fue un conflicto de larguísima duración, sino también de naturaleza multiforme: una "guerra de guerras" (*Krieg der Kriege*) (Wrede, 2021, p. 13). En efecto, puede dividirse en cuatro grandes fases, según los principales actores involucrados: la guerra de Bohemia (1618-1625), la guerra danesa (1625-1629), la guerra sueca (1630-1635) y, finalmente, la guerra franco-española (1635-1659). Será precisamente en esta última fase cuando Francia despliegue su estrategia para sustituir a los Habsburgo como potencia hegemónica en Europa, eje central de este trabajo.

[1] Tras la muerte del emperador Matías I, hermano del emperador Rodolfo II, en marzo de 1619, Fernando II de Habsburgo, duque de Estiria, fue coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

2.2. LA MONARQUÍA HISPÁNICA Y SU LENTO DECLIVE

La unificación dinástica de las coronas de Castilla y Aragón en 1469, bajo el reinado de los Reyes Católicos, sentó las bases de un proyecto aún más ambicioso: la incorporación de las posesiones flamencas, borgoñonas y austríacas bajo una sola autoridad, la de su nieto Carlos I de España. A partir de ese momento, y especialmente tras la anexión de la corona portuguesa en 1580, nació el gran hegemón europeo y la primera potencia global de la historia: la monarquía hispánica. No obstante, esta posición hegemónica no estuvo exenta de desafíos, tanto internos como externos, que poco a poco fueron erosionando su poder e iniciando su lento declive.

Ante todo, conviene destacar que la monarquía hispánica se presentó desde sus orígenes como la defensora última del catolicismo en un mundo cada vez más fragmentado desde el punto de vista confesional. Esta vocación profundamente arraigada en la estructura misma de la monarquía y en sus gobernantes la llevó a enfrentarse desde el principio a múltiples y heterogéneos enemigos de la fe católica y del proyecto hispánico universal, lo que aceleró su desgaste. Por este motivo, y pese a hallarse en el cénit de su poder, Carlos I decidió en 1555 reorganizar sus dominios, de modo que su hijo Felipe heredase exclusivamente los territorios católicos. La decisión respondía a los crecientes problemas de gestión derivados de las tensiones con los príncipes protestantes del Sacro Imperio. Sin embargo, y pese a la separación de las dos ramas de la Casa de Habsburgo, las guerras de religión en Europa se convirtieron en un factor determinante del desgaste de la monarquía hispánica a lo largo de los siglos XVI y XVII. Primero, por las revueltas en los Países Bajos, que exigieron una inversión constante de recursos financieros y militares; y posteriormente, por el esfuerzo sostenido por contener la expansión protestante, especialmente en el Sacro Imperio, en los años previos a la Guerra de los Treinta Años.

Pese a sus victorias en los campos de batalla, la España de Felipe II comenzó a enfrentar serias dificultades en la gestión de la monarquía. El vasto imperio heredado requería de una administración extensa y compleja, lo que derivó en la creación de un nutrido cuerpo de consejeros que rodeaban al monarca. Esta estructura, que en apariencia respondía a un modelo de gobierno prudente y reflexivo, terminó por generar una grave ineficacia en la toma de

decisiones, especialmente en situaciones que exigían respuestas rápidas. Además, fomentó la formación de clanes rivales en el seno del aparato de poder, lo que incrementó la fragmentación interna del gobierno. Así, a lo largo de la década de 1570, la política de Felipe II fue revelando cada vez más sus limitaciones.

Uno de los factores clave fue la dificultad para sostener financieramente las múltiples empresas militares y diplomáticas de la monarquía. Como afirma el historiador John H. Elliott, ya desde 1557 comienzan a sucederse las primeras bancarrotas, anunciando hasta qué punto las finanzas españolas son frágiles (Hélie, 2019, pp. 69-70). Hacia finales del siglo XVI, la economía española, fuertemente dependiente de los metales preciosos procedentes de América, comenzó a mostrar síntomas claros de debilitamiento. Entre las causas más destacadas se encuentran la inflación generada por la masiva llegada de oro y plata, así como una estructura fiscal profundamente ineficiente (Hernán-Pérez, 2014). Esta presión fiscal, soportada en gran medida por Castilla, unida a unos recursos financieros cada vez más incapaces de sostener el esfuerzo bélico, chocó de lleno con la necesidad de la Corona de mantener su campaña en los Países Bajos. La consecuencia inmediata fue una revuelta generalizada de soldados del Ejército de Flandes el 1 de septiembre de 1575, el primero de una larga serie de motines que reflejarían la creciente incapacidad de la Monarquía para sostener su maquinaria militar.

Tras la derrota de la Armada Invencible en 1588, un punto de inflexión en la hegemonía del Imperio, y la muerte de Felipe II en 1598, el ascenso al trono de Felipe III (1578-1621) marcó un importante cambio de rumbo en la monarquía hispánica. Esta transformación estuvo estrechamente ligada a la influencia de su valido, Francisco de Sandoval y Rojas (1553-1625), más conocido como el duque de Lerma, quien orientó la política imperial hacia una estrategia de pacificación general: la denominada *Pax Hispánica*. Este giro estratégico tuvo múltiples consecuencias, tanto internas como externas, y buscaba centrar los esfuerzos de la monarquía en los asuntos más vitales, al tiempo que ofrecía un respiro temporal frente al desgaste provocado por los prolongados conflictos. Uno de sus principales frutos fue la firma de la Tregua de los Doce Años con las Provincias Unidas (1609-1621). No obstante, a pesar de los intentos por consolidar y reforzar la extensa administración imperial, estos esfuerzos resultaron insuficientes ante los crecientes desafíos económicos y sociales que afectaban al conjunto del imperio.

Otro elemento fundamental para comprender la crisis de esta época es la cuestión demográfica. Las prolongadas campañas militares habían dejado a España con una notable escasez de hombres, situación que se agravó con el regreso de la peste entre 1598 y 1602. Esta epidemia despobló gravemente las zonas rurales y dejó a muchas ciudades y burgos sin mano de obra suficiente. A ello se sumó la expulsión de los moriscos en 1609, que tuvo un impacto negativo considerable, especialmente en la ya frágil agricultura y en la economía local de regiones como Aragón y Valencia (Puig, 2010). A esta acumulación de factores que comenzaban a presionar seriamente a la monarquía se añadían otros problemas estructurales, como el creciente poder de los validos, la corrupción administrativa y la incapacidad de adaptación al cambio. La figura del duque de Lerma, durante gran parte del reinado de Felipe III, resulta especialmente representativa de esta dinámica que caracteriza a los llamados *Austrias menores*[2], Felipe III y Felipe IV, ya que el valido se convirtió en "el verdadero dueño de la monarquía española" (Hélie, 2019, p. 97).

Con la subida al trono de Felipe IV (1605-1665) en 1621, se produjeron importantes cambios en la corte de Madrid. Tras la caída en desgracia del duque de Lerma en 1618, Gaspar de Guzmán (1587-1645), más conocido como el conde-duque de Olivares, se consolidó como favorito del rey y asumió el papel de valido. Desde entonces, la política de Olivares y, por tanto, la del Imperio, dio un giro hacia una estrategia europea mucho más ambiciosa, articulada en torno a dos grandes objetivos: la cooperación activa entre las ramas española y austríaca de la Casa de Habsburgo, y el triunfo del catolicismo en Europa. Tras una serie de victorias imperiales en los primeros años de la Guerra de los Treinta Años, entre ellas la decisiva batalla de la Montaña Blanca en 1620, Olivares reanudó las hostilidades en los Países Bajos en 1621, convencido de que "las Provincias Unidas siguen siendo el corazón de la Europa protestante" (Ibid., p. 127).

No obstante, la implicación simultánea en dos frentes que comenzaban a integrarse en un mismo conflicto de dimensión internacional, supuso un desafío colosal para la monarquía hispánica. El esfuerzo bélico prolongado requería unos recursos materiales y humanos que España ya no estaba en condiciones de sostener de forma indefinida. Para hacer frente a esta situación, Olivares impulsó una ambiciosa agenda de reformas con el objetivo de centralizar el

[2] En contraposición a los llamados "Austrias mayores": Carlos I y Felipe II.

poder real y sanear la economía, mediante una profunda reestructuración fiscal y administrativa. Sin embargo, estas medidas suscitaron una fuerte resistencia en varios territorios de la monarquía, especialmente en Cataluña y Portugal, donde terminaron por desencadenar graves conflictos internos.

En definitiva, la crisis del siglo XVII en España fue el resultado de la omnipresencia de la guerra y de sus demoledores efectos económicos, sociales y políticos sobre el conjunto de la monarquía. Así, mientras España se encontraba desgastada por interminables conflictos, enfrentándose a enemigos cuyo potencial militar no dejaba de crecer y sin capacidad suficiente para sostener sus múltiples frentes abiertos, su eterno rival entraba abiertamente en la Guerra de los Treinta Años: Francia había entrado en guerra.

2.3. LA FRANCIA DE LUIS XIII

Desde la formación del imperio de Carlos I y el ascenso de la Casa de Habsburgo como fuerza dominante en Europa, Francia se encontraba no solo aislada y cercada por su poderoso adversario, sino también vencida militarmente en repetidas ocasiones. Aquella que en otros tiempos había sido la gran potencia medieval, capaz de trasladar la sede del papado de Roma a Aviñón o de conquistar la corona del Reino de Nápoles, ocupaba en pleno siglo XVI un papel secundario frente a la monarquía hispánica.

Derrotada de forma contundente en la batalla de San Quintín en 1557, la Francia de Enrique II (1519-1559) se vio obligada a reconocer en la Paz de Cateau-Cambrésis (1559) la supremacía de Felipe II y de su política en Europa. Este tratado supuso no solo el fin de décadas de enfrentamientos entre ambas potencias, sino también un compromiso de paz que incluía la aceptación por parte de Francia de la política española en los territorios italianos. A partir de ese momento, y durante varias décadas, como señala el hispanista Joseph Pérez, la hegemonía de la monarquía hispánica quedó notablemente facilitada por el prolongado eclipse de Francia, único rival católico con capacidad potencial para hacerle frente (2000).

El relegado papel de Francia en el plano internacional vino acompañado, además, por uno de los episodios más trágicos de su historia: las Guerras de Religión (1562-1598). Con

paralelismos respecto a los conflictos confesionales que azotaban al Sacro Imperio, estas décadas estuvieron marcadas por sangrientos enfrentamientos entre las principales facciones religiosas, católicos y protestantes calvinistas (conocidos en Francia como hugonotes), así como por la implicación de sectores nobles que apoyaban a cada bando[3]. Estas guerras civiles provocaron cerca de dos millones de muertos y, combinadas con las duras condiciones climáticas y económicas del periodo, se estima que causaron un descenso del 20 % de la población francesa, que rondaba los veinte millones de habitantes hacia 1550 (El Kenz & Gantet, 2008, p. 142).

En este contexto de profunda desestabilización, la recuperación del reino dependía de la aparición de una fuerte autoridad real, capaz de restaurar la unidad política y religiosa. Esa figura emergió en la persona de Enrique de Navarra, futuro Enrique IV (1553-1610), hugonote y miembro de la Casa de Borbón. Tras el asesinato del último rey de la dinastía Valois, Enrique III, en agosto de 1589, Francia se sumió en una crisis de sucesión que agravó su ya precaria situación tanto interna como externamente. Sin embargo, los Estados Generales reunidos en 1593 eligieron a Enrique como nuevo monarca. Al año siguiente, tras abjurar del protestantismo y convertirse al catolicismo, fue coronado como Enrique IV en febrero de 1594. Al año siguiente, Enrique declaró oficialmente la guerra a España, y tras varios años de enfrentamientos, ambos reinos firmaron en 1598 la Paz de Vervins, por la cual Felipe II reconocía oficialmente a Enrique IV como legítimo rey de Francia.

Sin embargo, la auténtica prioridad de Enrique IV fue poner fin a las guerras civiles que habían asolado Francia durante décadas, objetivo que se logró con la promulgación del Edicto de Nantes en mayo de 1598. Esta paz tan anhelada dio paso a un periodo de notable crecimiento económico, favorecido por la ausencia de conflictos armados, lo que a su vez propició un repunte demográfico en todo el reino. Paralelamente, y en contraste con sus predecesores de la dinastía Valois, Enrique IV comenzó a sentar las bases de una monarquía más autoritaria e incluso con rasgos claramente absolutistas, fundamentada en la teoría del derecho divino de los reyes. Además, en el ámbito internacional, Francia inició un giro significativo en su estrategia: el abandono de la pasividad anterior en favor de la llamada "política del equilibrio en Europa",

[3] Cabe destacar la "matanza de San Bartolomé", de la noche del 23 de agosto de 1572, que dejó miles de muertos por toda Francia y especialmente en París.

que consistía en apoyar las insurrecciones y a las potencias rivales de la Casa de Habsburgo, con el fin de frenar su proyecto de hegemonía continental. No obstante, cuando se encontraba en el apogeo de su reinado, Enrique IV fue asesinado en París el 14 de mayo de 1610 por un fanático católico. La corona pasó entonces a su hijo Luis, de tan solo nueve años, bajo la regencia de su madre, María de Médici (1575-1642), lo que abrió un nuevo periodo de incertidumbre para el reino.

Tras el asesinato, María de Médici fue nombrada regente de Francia hasta que su hijo, Luis XIII (1601-1643), alcanzó la mayoría de edad en 1617. Durante esta etapa, Francia volvió a orientarse hacia España, ya que la regente consideraba a la monarquía hispánica no solo un aliado, sino también una vía para consolidar la posición de la dinastía francesa, tan debilitada y amenazada en los últimos tiempos. En este contexto se concertaron dos alianzas matrimoniales de gran relevancia en 1615: Luis XIII contrajo matrimonio con Ana de Austria (1601-1666), hija de Felipe III de España, mientras que su hermana, Isabel de Francia (1602-1644), se casó con Felipe, príncipe de Asturias y futuro Felipe IV. Sin embargo, esta aproximación a la Casa de Habsburgo, que favoreció especialmente a España al incrementar su influencia en la corte francesa, generó un profundo malestar entre numerosos sectores de la nobleza, contrarios a una política exterior pro-Habsburgo. A este descontento se sumó una creciente inestabilidad interna, caracterizada por enfrentamientos entre facciones nobiliarias rivales y por la resistencia a las políticas centralizadoras impulsadas desde la regencia. Las guerras civiles entre 1614 y 1617 acentuaron la fragmentación política y provocaron un nuevo desgaste financiero y administrativo para la corona.

Sin embargo, todo cambió con la llegada de Luis XIII a la mayoría de edad en 1617. El asesinato de Concino Concini, favorito de la regente María de Médici, marcó el fin de la influencia materna en el gobierno y el inicio del reinado personal del joven monarca. A partir de ese momento, Luis XIII retomó las líneas fundamentales de la política de su padre, reforzando la autoridad real mediante la confrontación directa con la nobleza rebelde. Sin embargo, las profundas divisiones internas que persistían en el reino seguían constituyendo un serio obstáculo para la plena consolidación del poder real, tanto en el plano interno como en el internacional. Por esta razón, durante los primeros años del reinado efectivo, Francia adoptó una posición de relativa pasividad en el contexto de la Guerra de los Treinta Años, interviniendo

de forma indirecta en los conflictos, lo que debilitó temporalmente su influencia frente a la Casa de Habsburgo. No obstante, el ascenso de Armand Jean du Plessis (1585-1642), más conocido como el cardenal Richelieu, al cargo de ministro principal del rey en 1624, marcó un punto de inflexión. Con él, la política exterior e interior de Francia recuperó coherencia, energía y una visión estratégica a largo plazo (Blanchard, 2011).

Con una visión centralizadora y propia de un estadista moderno, el cardenal Richelieu buscó posicionar a Francia como el principal contrapeso al poder de los Habsburgo en Europa. Su política se articuló en torno a tres ejes fundamentales: debilitar a los hugonotes, reducir el poder de la nobleza y proyectar la influencia francesa en el escenario internacional. Richelieu supo anteponer los intereses del Estado a cualquier otra consideración, formulando el principio de *raison d'État*, es decir, razón de Estado, por el cual la estabilidad y la seguridad del reino debían primar sobre criterios religiosos o morales. Además, en el ámbito interno, el cardenal logró someter definitivamente a los protestantes franceses, como simbolizó la toma de La Rochelle (1627-1628), ciudad protestante por excelencia, tras un prolongado asedio dirigido por él mismo. Esta victoria marcó el fin de los privilegios políticos y militares de los hugonotes, consolidando la autoridad del rey y reforzando el proceso de centralización del Estado.

La pacificación interna permitió a Richelieu orientar sus esfuerzos hacia la política exterior. Francia, hasta entonces replegada, pasó a desempeñar un papel activo en la Guerra de los Treinta Años, incrementando su apoyo indirecto al bando anti-Habsburgo. Este giro se manifestó especialmente en la intervención francesa en el norte de Italia, una región estratégica en la pugna contra la hegemonía hispano-austriaca. Tras una serie de éxitos diplomáticos, la crisis sucesoria del ducado de Mantua (1627-1631) ofreció a Francia una nueva oportunidad para afianzar su influencia en la península italiana. Mientras Luis XIII se mostraba favorable a una intervención militar directa, Richelieu desplegó una hábil estrategia diplomática, negociando con las distintas potencias implicadas antes del estallido del conflicto, lo que reforzó la posición francesa sin comprometer recursos militares de forma prematura (Ibid.).

Fue en este tenso contexto diplomático, en plena disputa por el control de Mantua y Casale, a comienzos de 1630, cuando el cardenal Richelieu conoció a un joven enviado de la Santa Sede cuya astucia y talento para la negociación no pasaron desapercibidos: Giulio Mazzarini. Lo que ninguno de los dos podía prever en ese momento era que aquel prometedor

diplomático italiano no solo se ganaría la confianza del cardenal, sino que años más tarde se convertiría en su discípulo y sucesor.

3. EL CARDENAL MAZARINO Y SU ASCENSO AL PODER

3.1. ORIGEN Y FORMACIÓN POLÍTICA

Giulio Raimondo Mazzarini nació el 14 de julio de 1602 en Pescina, una pequeña localidad en los Abruzos, dentro del Reino de Nápoles, entonces bajo dominio de la Corona española. Sin embargo, su padre, Pietro Mazzarini, consiguió la ciudadanía romana en 1608, asegurando que su hijo fuera reconocido como romano, y por ende súbdito del Papa, soberano de los Estados Pontificios. Este detalle marcaría su vida, su forma de ver el mundo y su relación con las distintas monarquías europeas, hasta el punto de que años más tarde él mismo insistiría en su identidad romana, destacando su vínculo con la ciudad eterna y su cultura (Goubert, 2011).

Desde joven, Mazarino mostró una gran inteligencia y una facilidad innata para tratar con los demás. Estudió en el Collegio Romano, donde los jesuitas le proporcionaron una educación rigurosa en teología, historia y derecho. Además, recibió una sólida formación en oratoria y desarrolló un especial interés por el teatro, habilidades que más tarde resultarían fundamentales en su carrera diplomática. Su talento no pasó desapercibido entre sus maestros, quienes llegaron a ofrecerle unirse a la Compañía de Jesús. Sin embargo, Mazarino rechazó la propuesta, pues sus intereses estaban más orientados a la política y sus intrigas que a la vida religiosa (Ibid.).

Para cumplir con sus aspiraciones, a los dieciocho años viajó a España junto con Girolamo Colonna, hijo del condestable Filippo Colonna, cabeza de esta poderosa familia romana. Durante su estancia en la Universidad de Alcalá de Henares, perfeccionó su español y se familiarizó con la estructura y el funcionamiento de la corte de Felipe III. En Madrid fue testigo del final de un reinado y del ascenso del joven Felipe IV, acompañado por la creciente

influencia del conde-duque de Olivares. Esta experiencia fue clave para él, ya que le permitió observar de cerca las dinámicas del poder en la monarquía hispánica y comprender la importancia de la diplomacia en la estabilidad del reino. Aun sin ocupar una posición relevante, supo analizar el ambiente político y extraer lecciones valiosas que aplicaría en el futuro.

Al regresar a Roma, Mazarino ingresó en la Universidad de la Sapienza, donde obtuvo el doctorado *in utroque iure*, en derecho civil y canónico. Gracias a sus conexiones familiares con los Colonna y a la creciente influencia de la familia florentina Barberini tras la elección de Maffeo Barberini (1568-1644) como papa Urbano VIII en 1623, fue introduciéndose en los círculos de poder. Poco a poco, comenzó a construir una red de contactos que le permitiría avanzar en su carrera y consolidar su posición dentro del complejo entramado político del Vaticano. Fruto de ello, en 1625 obtuvo un puesto como capitán en un regimiento pontificio enviado a la Valtelina, un territorio estratégico disputado entre España y Francia. No destacó en el campo de batalla, pero sí en la gestión de recursos y en la administración de suministros, lo que llamó la atención de sus superiores. Al año siguiente, en 1626, fue enviado a Milán como secretario del legado papal, Giovanni Francesco Sacchetti. Desde entonces, Mazarino comenzó a comprender que la guerra y la diplomacia estaban estrechamente vinculadas y que, más allá de la fuerza militar, lo que realmente decidía los conflictos eran las negociaciones entre las grandes potencias, una convicción que reflejaba el espíritu de una nueva época (Bertière, 2007).

Sin embargo, su gran oportunidad llegó en 1627 con la crisis de sucesión del ducado de Mantua y Montferrato. Lo que en principio parecía un conflicto local pronto se transformó en un problema de alcance europeo, ya que tanto España como Francia buscaban imponer su influencia en la región por motivos estratégicos de gran relevancia. Mazarino, enviado por el Papa como mediador, demostró entonces una notable habilidad para negociar y equilibrar los intereses de todas las partes implicadas. Aprendió a manejar los tiempos y a ganarse la confianza de los actores clave. Esta crisis no solo le permitió darse a conocer en la escena política europea y consolidar su reputación como un diplomático talentoso y perspicaz, sino que además, el 29 de enero de 1630, en Lyon, se produjo su primer encuentro con el cardenal Richelieu.

3.2. AL SERVICIO DE FRANCIA Y SUCESOR DE RICHELIEU

La primera reunión entre ambos, según relatan los memorialistas de la época, no tuvo consecuencias políticas inmediatas (Ibid.). Richelieu, con su visión global de la política europea, estaba centrado en debilitar la influencia de los Habsburgo y veía en el conflicto de Mantua una oportunidad táctica. Mazarino, en cambio, venía con instrucciones pontificias claras y buscaba evitar un enfrentamiento directo entre Francia y España. El contraste entre ambos era evidente, pero a pesar de sus diferencias iniciales, ambos quedaron impresionados por las capacidades del otro. Richelieu encontró en Mazarino a un hábil negociador, mientras que Mazarino comprendió que Richelieu era la figura más influyente del escenario europeo. Aunque la reunión no produjo acuerdos inmediatos, sentó las bases de una relación estratégica que marcaría el destino de ambos. (Ibid.)

No obstante, el punto culminante de la mediación en la crisis de Mantua y la tregua de Casal tuvo lugar el 26 de octubre de 1630, cuando Mazarino consolidó de forma definitiva su reputación como hábil negociador. Aquel día, logró frenar una inminente batalla entre las tropas francesas y españolas apareciendo a caballo en el campo de batalla. Agitando su sombrero en alto y gritando "¡Paz! ¡Paz!", consiguió que ambos ejércitos se detuvieran y accedieran a escuchar su propuesta de tregua. Este gesto, tan teatral como eficaz, quedó grabado en la memoria colectiva como prueba de su talento diplomático. Años más tarde, cuando fue nombrado cardenal y recibió el capelo rojo, aún se recordaba aquella intervención decisiva, y así nació su apodo: *El hombre de los dos sombreros*, el de Casal y el de cardenal.

Este éxito atrajo definitivamente la atención de Richelieu, pero también la enemistad de España, que empezó a considerarlo un agente al servicio de Francia. Al mismo tiempo, el Papa, impresionado por su talento, le instó a recibir las órdenes menores para allanar el camino a una carrera eclesiástica. Mazarino accedió en 1632, aunque evitó cualquier compromiso adicional que pudiera limitar su libertad de acción. En 1634 fue enviado a París como enviado del Papa, pero pronto se vio inmerso en un equilibrio delicado entre Roma y la corte francesa. Su misión era defender los intereses del papado en un momento en que Francia se encaminaba hacia la guerra abierta con España. Sin embargo, Mazarino comprendió que su porvenir no estaba en Roma, sino en Francia, donde Richelieu ya lo consideraba un intermediario valioso y un posible aliado. Aun así, debía actuar con cautela: para los españoles era un traidor, los franceses recelaban de su origen extranjero y en Roma comenzaban a dudar de su fidelidad.

Su relación con Richelieu se estrechó en esos años. El cardenal francés, siempre atento a los talentos que podían servir a sus planes, le ofreció en 1636 el obispado de Cahors, una propuesta que Mazarino rechazó. No quería quedar atado a una carrera eclesiástica que lo limitaría en el juego político. Sin embargo, aceptó beneficios eclesiásticos en Francia y, en 1639, gracias a la influencia de Richelieu, obtuvo cartas de naturalización que lo protegían de las leyes que impedían a los extranjeros poseer bienes y beneficios en el reino, simbolizando su progresiva integración en la política francesa y su distanciamiento definitivo de Roma. Fue en diciembre de 1639 cuando Mazarino dio el paso definitivo: abandonó Roma y se trasladó a Francia para entrar oficialmente al servicio del rey Luis XIII y de Richelieu. El cardenal lo acogió en su entorno más cercano, confiándole tareas de especial relevancia. Ocupó el lugar del padre Joseph, conocido como "la eminencia gris", fallecido un año antes, como consejero de confianza del cardenal y comenzó a asumir misiones diplomáticas de gran peso, entre ellas la mediación en la corte de Saboya y la gestión de la rebelión en Sedan. Con rapidez demostró su eficacia y su discreción, cualidades altamente valoradas por Richelieu. (Ibid.)

Instalado en la corte, Mazarino también supo cultivar relaciones con figuras influyentes del entorno político francés. Estableció vínculos con el secretario de Estado, Léon Bouthillier, y con la duquesa de Aiguillon, sobrina de Richelieu, asegurándose un lugar estable en el círculo de poder del cardenal. La integración de Mazarino en la política francesa no fue solo institucional, sino también personal: se movía con soltura entre los salones, observaba con agudeza las alianzas y rivalidades, y desplegaba una diplomacia más sutil que impositiva. Consciente de su posición de recién llegado, actuó con prudencia, pero también con una determinación firme que lo distinguía de otros cortesanos. (Goubert, 2011)

Finalmente, tras la persistente insistencia de Richelieu, Mazarino recibió en 1641 el capelo cardenalicio. Durante la ceremonia, al inclinarse ante Luis XIII, realizó una reverencia tan profunda que algunos la interpretaron como un gesto de sumisión absoluta. No obstante, lejos de ser una muestra de vasallaje, fue una maniobra calculada, expresión de su aguda inteligencia política. Mazarino no se consideraba un súbdito francés, pero comprendía que debía representar el papel de fiel servidor del rey para asegurar su posición. En esos años, su evolución personal se hizo evidente. El joven diplomático que había recorrido las cortes europeas en busca de reconocimiento se transformó en un hábil estratega político. A diferencia de Richelieu, que

ejercía el poder con firmeza y sin concesiones, Mazarino optaba por la persuasión, el equilibrio y la maniobra sutil. No era partidario del enfrentamiento directo, sino de las negociaciones, de los tiempos largos, y de actuar solo cuando el terreno estuviera perfectamente preparado (Bertière, 2007).

En 1642, su destino quedó prácticamente definido. Richelieu, gravemente enfermo, lo consideraba su único sucesor viable, aunque con una desventaja significativa: era extranjero. Solo hay un hombre que podría sustituirme, "pero es un extranjero", confesó a su sobrina poco antes de morir (Bély, 2007, p. 262). Mazarino, plenamente consciente de lo delicado de la situación, adoptó una actitud prudente y evitó cualquier gesto que pudiera generar desconfianza o despertar resistencias. Sabía que para consolidar su posición necesitaba el respaldo de la figura más influyente en la corte tras la muerte de Richelieu: la reina Ana de Austria. Finalmente, el 4 de diciembre de 1642, Richelieu falleció, y al día siguiente Mazarino fue llamado al consejo. Luis XIII, debilitado por la enfermedad y con su final cercano, ya no tenía capacidad real para dirigir el gobierno. En los meses siguientes, Mazarino dedicó todos sus esfuerzos a fortalecer su vínculo con Ana de Austria, quien lo consideraba un hombre prudente y leal, capaz de aportar estabilidad al reino en un momento especialmente incierto.

El 14 de mayo de 1643 murió Luis XIII, dejando el trono a su hijo, el futuro Luis XIV (1638-1715), que aún era un niño. Cuatro días después, el 18 de mayo, Ana de Austria fue proclamada regente con plenos poderes. Ese mismo día llegó el momento que Mazarino había esperado durante años: la regente anunció que el cardenal permanecería a su lado como ministro principal de Francia. La decisión sorprendió y desconcertó a buena parte de la nobleza, que no veía con buenos ojos que un extranjero ocupara el puesto más alto del gobierno. Sin embargo, como se vería en adelante, Ana confiaba plenamente en él. Con este nombramiento, Mazarino se convertía definitivamente en el sucesor de Richelieu y en el hombre más poderoso del reino. Su ascenso, basado en la astucia, la paciencia y la habilidad para tejer alianzas, era la culminación de años de intrigas y negociaciones. A partir de entonces, debía afrontar nuevos desafíos: consolidar su autoridad, preservar la confianza de la reina y gestionar las crecientes tensiones con la nobleza. Pero si algo había demostrado a lo largo de su trayectoria era su extraordinaria capacidad para adaptarse y sobrevivir en el complejo tablero de la política europea.

4. LA GUERRA FRANCO-ESPAÑOLA (1635-1659)

4.1. ANTECEDENTES

Entre 1633 y 1635, Europa asistió a un giro decisivo en el equilibrio político y militar. La muerte de Gustavo Adolfo II de Suecia en la batalla de Lützen en 1632 y la victoria hispano-imperial en Nördlingen en 1634 marcaron un punto de inflexión. La derrota de las fuerzas protestantes provocó un efecto dominó: varios príncipes alemanes, como el elector de Sajonia, optaron por reconciliarse con el emperador Fernando II a través de la Paz de Praga, firmada el 30 de mayo de 1635, desmantelando así la coalición protestante. Esta evolución de los acontecimientos amenazaba con dejar a Francia aislada frente al bloque hispano-imperial.

Mientras tanto, España, bajo la dirección del conde-duque de Olivares, impulsaba una ofensiva diplomática y militar para restaurar su hegemonía. Las tropas del Cardenal-Infante don Fernando (1609-1641), hermano de Felipe IV y héroe de Nördlingen, y las del rey de Hungría, hijo del emperador, unieron fuerzas en Alemania, consolidando la alianza Habsburgo. La ocupación francesa de plazas lorenesas, justificada por la alianza entre Gastón de Orleans (1608-1660), hermano del rey de Francia, y el duque Carlos IV de Lorena (1604-1675), tensaba aún más la situación. En Madrid, la victoria de Nördlingen fue interpretada como una señal del renacer de la potencia española y del prestigio de sus tercios. Richelieu, consciente del peligro, intensificó los preparativos bélicos. A pesar de las limitaciones fiscales y militares del reino, logró tejer una coalición con Suecia, las Provincias Unidas y varios príncipes alemanes.

Fue así como, el 5 de abril de 1635, Luis XIII, amparándose en la reciente agresión imperial en Tréveris, decidió emprender el camino de la guerra abierta contra España. La súbita ocupación de la ciudad episcopal por tropas llegadas desde el vecino ducado de Luxemburgo, siguiendo las órdenes del Cardenal-Infante, y la subsiguiente expulsión, el 26 de marzo, de la guarnición francesa que la custodiaba, supusieron un revés diplomático de gran envergadura. No obstante, la declaración oficial no se materializó hasta el 19 de mayo, cuando Francia envió a Bruselas un desafío formal y proclamó públicamente su entrada en la contienda. De este modo, el reino pasaba de una estrategia de contención a una guerra abierta, en lo que sería el inicio de una larga y desgastante contienda que transformaría el equilibrio europeo. Mientras tanto, el

cardenal Mazarino, todavía embajador ante la Santa Sede, seguía con atención el desarrollo de los acontecimientos, plenamente consciente de la magnitud del nuevo escenario internacional que se abría para Francia y para toda Europa.

4.2. PRIMEROS AÑOS DE GUERRA

La declaración de guerra de Francia a España supuso el inicio de una larga y desgastante contienda en la que no solo se enfrentaron dos grandes potencias europeas, sino también dos concepciones del orden internacional. Para Francia, esta guerra era el camino hacia la ruptura definitiva del *statu quo* impuesto por la hegemonía hispánica de los Habsburgo.

En los años iniciales del conflicto, los avances fueron irregulares para ambas partes. Mientras las ofensivas francesas en los Países Bajos y Alsacia sufrían reveses, las tropas del Cardenal-Infante lograban penetrar en territorio francés en 1636, alcanzando Vervins y San Quintín. Sin embargo, esta ofensiva no se consolidó, en parte por la falta de coordinación con otros frentes y por la presión ejercida por una coalición que incluía a Suecia y las Provincias Unidas, respaldada financieramente por Francia desde años antes (Presumido, 2020). El conflicto adquiría una dimensión europea, y la guerra de desgaste comenzaba a inclinarse lentamente a favor del bando francés.

La década de 1640 marcó un punto de inflexión en la guerra, especialmente para la monarquía hispánica. Las revueltas internas en Cataluña y Portugal, ambas alentadas de forma soterrada por la diplomacia francesa, obligaron a Madrid a dividir sus esfuerzos. La revuelta catalana, que estalló en junio de 1640 con el asesinato del virrey Santa Coloma, y la proclamación de Luis XIII como conde de Barcelona en enero de 1641, colocaron a Francia en una posición de clara ventaja política y simbólica. Casi simultáneamente, el 1 de diciembre de 1640, Portugal se alzaba contra el dominio de los Austrias y reconocía al duque de Braganza como Juan IV (1604-1656), iniciando un conflicto que, con apoyo francés, erosionaría profundamente los recursos y la cohesión del Imperio español.

Mientras España se desangraba por múltiples frentes, la figura de Mazarino comenzaba a perfilarse con mayor nitidez en el escenario político francés. Tras haber sido nombrado

cardenal en 1641 y participar activamente en los intentos diplomáticos de paz en Colonia, Mazarino se convirtió, tras la muerte de Richelieu en diciembre de 1642, en el principal ministro de Luis XIII y, poco después, de la regente Ana de Austria. Mazarino asumió la continuación del legado de Richelieu: contener a los Habsburgo mediante una guerra controlada, sin buscar su aniquilación, pero sí su debilitamiento estructural, para permitir a Francia liderar el nuevo orden europeo. Este liderazgo se cimentó, en buena parte, gracias al impacto simbólico y militar de la victoria de Rocroi en mayo de 1643. Pocos días después de la muerte de Luis XIII, el joven duque de Enghien, Luis de Borbón (1621-1686), pariente lejano del rey y futuro "Gran Condé", al mando de las tropas francesas, infligió una derrota decisiva a los tercios españoles, hasta entonces considerados invencibles (Ibid.). Esta victoria no solo supuso un hito en la moral de guerra, sino que también representó el cambio de ciclo definitivo: el prestigio militar de España se quebraba, y la Francia de Mazarino tomaba el relevo como potencia emergente en Europa.

No obstante, los desafíos no desaparecieron. Francia también se vio sacudida internamente por tensiones fiscales y políticas que culminarían en las revueltas de la Fronda, preludiada con los primeros brotes de malestar contra la autoridad del joven Luis XIV y su ministro. Mazarino, consciente de los límites de la acción militar y del desgaste acumulado tras décadas de conflicto en Europa, comprendió que había llegado el momento de trasladar la confrontación al terreno diplomático. Aprovechando la posición de fuerza alcanzada por Francia frente a los Habsburgo, impulsó con determinación las negociaciones que desembocarían en la Paz de Westfalia de 1648. Para él, la diplomacia no era solo una forma de cerrar tratados, sino el medio más eficaz para traducir las victorias militares en una hegemonía duradera.

4.3. LA PAZ DE WESTFALIA

4.3.1. Guerra y diplomacia

Desde 1643, Mazarino empezó a orientar la guerra hacia el terreno diplomático. Consciente del desgaste militar y de las tensiones internas que más tarde desembocarían en la Fronda, comprendió que el objetivo de hacer prevalecer a Francia y asegurar sus intereses más favorables debía alcanzarse tanto en los campos de batalla como en las mesas de negociación.

Como señala Combes, "la corte de Francia estaba bien dispuesta a aprovechar cualquier ocasión para retrasar la conclusión del tratado", buscando consolidar una posición de fuerza antes de cerrar la paz definitiva (1854, p. 218). En este contexto, la diplomacia francesa desplegó un amplio abanico de maniobras cuyo centro fue el llamado Congreso de Westfalia, en realidad compuesto por dos sedes paralelas, Münster y Osnabrück. Desde 1644 se celebraban negociaciones simultáneas, aunque los primeros plenipotenciarios ya habían comenzado a llegar en agosto de 1643. El nombre proviene de la región histórica de *Westfalia*, situada en el noroeste del Sacro Imperio, que acogía ambas ciudades y ofrecía una posición estratégica entre territorios católicos y protestantes, además de contar con buenas comunicaciones y neutralidad política relativa. Este sistema diplomático multilateral dio lugar no a un único tratado, sino a varios acuerdos diferenciados que, en conjunto, serían conocidos como la Paz de Westfalia.

Las conferencias que se desarrollaron en Münster, ciudad profundamente católica, fueron para las negociaciones entre el emperador Fernando III (1608-1657), hijo de Fernando II y emperador del Sacro Imperio desde 1637, y Francia, mientras que en Osnabrück, que albergaba una importante comunidad protestante, se llevaron a cabo las conversaciones entre los estados alemanes, los príncipes aliados de Suecia y los propios suecos. Esta división geográfica no fue casual: reflejaba el equilibrio confesional necesario para garantizar la participación de los distintos actores. Como destaca Duccini, en Münster, "la delegación francesa era la única que realmente hacía de contrapeso a la de España" (2013, p. 24), y precisamente por ello, España quedó finalmente excluida del tratado firmado entre el emperador y Francia, lo cual limitó su capacidad de influir directamente en las decisiones sobre el futuro del Imperio.

El congreso reunió a representantes de 16 estados, 140 principados, y 38 entidades observadoras, con sus respectivas comitivas. La delegación francesa fue la más numerosa, con unas 420 personas, seguida por la sueca (155), la española (147) y la imperial (108). Esta superioridad numérica no era solo simbólica, sino funcional: alrededor del 40% del personal

estaba formado por diplomáticos profesionales, juristas y expertos en derecho, lo que favorecía la defensa eficaz y detallada de los intereses del reino. Uno de los negociadores franceses, Abel Servien, llegó a describir el congreso como "una especie de concilio político donde casi todas las naciones de Europa tendrán diputados", reflejando que la noción de "congreso" como mecanismo internacional aún se estaba gestando y que la referencia natural seguía siendo el concilio universal bajo la égida de la Iglesia. (Ibid., p. 29)

Las conferencias, iniciadas de manera oficial a finales de 1644, venían precedidas de años de intentos y frustraciones. Fernando III, se había mostrado dispuesto a iniciar conversaciones de paz ya en 1640, presionado por los príncipes alemanes y la propia población del Imperio, agotada tras más de dos décadas de conflicto. Sin embargo, tanto Francia como Suecia se resistieron a una resolución temprana. La estrategia era clara: prolongar la guerra mientras los avances militares favorecieran sus posiciones en la mesa de negociaciones. Acontecimientos como la batalla de Rocroi en 1643 o la de Jankov en 1645 reforzaron esa voluntad de alcanzar la paz desde una posición ventajosa.

Los representantes franceses en Münster fueron dos diplomáticos de gran talla: Claude de Mesmes, conde d'Avaux, experimentado embajador, y Abel Servien, más cercano a las tesis de Mazarino y aliado natural de las potencias protestantes. A pesar de trabajar por un mismo fin, las diferencias entre ambos hombres fueron notorias. Sus disputas, reflejadas en cartas conservadas, revelan no solo divergencias personales, sino también dos concepciones distintas del papel de Francia en Europa. La tensión fue tal que la corte de París se vio obligada a intervenir, y en 1645 Mazarino envió al duque de Longueville para apaciguar los ánimos y reforzar el prestigio de la delegación. (Bély, 2009, p. 287-288)

Aunque ausente físicamente de Westfalia, Mazarino dirigía las negociaciones desde París con precisión milimétrica. Un sistema de mensajería con correo regular cada diez días aseguraba el flujo constante de instrucciones (Ibid., p. 289). Los comentarios del secretario de Estado, el conde de Brienne, revisados por el propio cardenal, marcaban la posición francesa, mientras que desde Westfalia los diplomáticos remitían informes y sugerencias. Servien, además, contaba con la ventaja de tener a su sobrino Hugues de Lionne como secretario personal de Mazarino, lo que facilitaba aún más la comunicación y el control sobre la

delegación. El cardenal disponía de una verdadera escuela diplomática heredada de Richelieu, formada tanto por hombres de capa como de espada, versados en el arte de la negociación.

Mazarino elaboró personalmente las grandes instrucciones que guiaban a sus enviados. En ellas no solo se detallaban los intereses concretos del reino, sino que se proponía una concepción de la paz basada en el equilibrio europeo. Francia debía conservar Metz, Toul y Verdún, así como sus conquistas en Artois, Flandes, Alsacia y el Roussillon. Pero también debía velar por la autonomía de los príncipes alemanes frente a la autoridad imperial, fortalecer las alianzas con Suecia y las Provincias Unidas, y garantizar la estabilidad religiosa mediante un principio de coexistencia confesional.

Sin embargo, la visión de Mazarino no se limitaba a Westfalia. Mantenía contactos secretos con otros actores clave, como Maximiliano, duque de Baviera, quien buscaba garantizar la seguridad de su territorio (Ibid., p. 293). Este llegó a firmar un tratado secreto con Francia en Ulm en 1647, asegurando su neutralidad. Paralelamente, se dirigían esfuerzos diplomáticos hacia España. Aunque formalmente no era parte de las negociaciones del Sacro Imperio, la monarquía hispánica era el otro gran rival de Francia, y Mazarino consideraba esencial avanzar en ambos frentes para reconfigurar el orden europeo. A mediados de la década, la idea de una tregua o incluso de un matrimonio dinástico entre Luis XIV y la infanta María Teresa (1599-1660), hija de Felipe IV, empezó a circular, si bien no con resultados inmediatos.

Resulta relevante subrayar que Mazarino llegó a inspirar un soneto dirigido a la reina regente Ana de Austria, instándola a no detener el esfuerzo bélico antes de doblegar a España. En los versos de esta escena particularmente simbólica se lee:

Ana, ¿deseas que a la sombra de los laureles,

Quedemos para siempre al abrigo de las tormentas?

Permanece aún armada, y empuja a tus guerreros

A conquistar cada día nuevas victorias.

El regreso de la paz debe aplazarse,

Mientras nuestros enemigos conserven esperanzas;

Y para dar al mundo un descanso duradero,

Es preciso reunir a España en el regazo de Francia.

Algunos cobardes, prudentes, que tiemblan en el puerto,

Susurran que tus armas hacen mal

En afligir la tierra donde el cielo te hizo nacer,

Sin pensar que el Amor puede ser hijo de Marte,

Y que, para evitar los riesgos del destino,

Españoles y franceses deben tener un solo señor.

Este poema, citado en las *Negociaciones secretas del tratado de Westfalia* (Combes, 1854, p. 304), refleja el uso de la retórica poética como arma política, pues más allá de su forma literaria, encierra un trasfondo estratégico profundo: la evocación del laurel como símbolo de victoria, la exhortación a continuar la guerra y, sobre todo, la última estrofa, apuntan a un proyecto político claro. Mazarino no solo buscaba doblegar a España militarmente, sino preparar las condiciones para una futura unión dinástica que permitiera reunir bajo un mismo soberano a las dos principales monarquías católicas de Europa, encarnado en la figura de Luis XIV, hijo de Ana de Austria. Esta cuestión, de enorme trascendencia en el contexto europeo, será analizada con mayor detalle más adelante en este trabajo.

A nivel técnico, la negociación en Westfalia fue una obra maestra de la incipiente diplomacia moderna (Ibid.). En Münster, los diplomáticos católicos negociaban a través de mediadores, como el nuncio Fabio Chigi (1599-1667), futuro papa Alejandro VII, y el enviado veneciano Contarini. En Osnabrück, por el contrario, las conversaciones entre los protestantes

eran directas. Francia mantuvo representantes en ambas sedes, permitiendo así una participación constante y transversal. Esta configuración evitaba que alguna potencia pareciera subordinada a otra y facilitaba una diplomacia fluida y discreta. Mazarino, formado en la escuela pontificia y en la tradición humanista italiana, modernizó profundamente el arte de negociar. Como observó François de Callières, el cardenal "examinaba todos los intereses de las principales potencias de Europa, ofreciendo soluciones con una sorprendente capacidad y claridad, y eso en una lengua que no era la suya" (Montassier, 2015, p. 39). Mazarino supo conjugar las viejas prácticas de la diplomacia secreta con los nuevos principios de equilibrio multilateral, que sentarían las bases de la diplomacia moderna.

Sin embargo, su ambición provocó algunos errores de cálculo que debilitaron momentáneamente la posición francesa. En 1646, creyendo a España al borde del colapso, Mazarino planteó intercambiar Cataluña y Roussillon por los Países Bajos españoles, esperando convertir a Francia en la potencia dominante desde los Pirineos hasta el Rin. La propuesta fue rechazada y, peor aún, provocó recelos entre los aliados holandeses, que aceleraron una paz separada con España, firmada en enero de 1648. Esta ruptura de la alianza con las Provincias Unidas fue vista en París como un grave error. D'Avaux y Longueville culparon directamente a Mazarino de haber dejado escapar la paz con España por orgullo y ambición.

Pese a ello, la delegación francesa logró mantener su cohesión, reforzar la alianza con Suecia y consolidar sus posiciones en el Imperio. La entrada del emperador en las negociaciones fue definitiva tras las derrotas militares de 1645 y 1648. Francia supo posicionarse como defensora de las "libertades germánicas", lo que le valió el apoyo de muchos príncipes alemanes, deseosos de limitar la autoridad de los Habsburgo sin quedar bajo la influencia de Suecia.

Mazarino nunca pretendió sustituir la hegemonía austríaca por una francesa, ni romper el equilibrio religioso del Imperio. Buscaba, en cambio, crear un sistema de control mutuo donde ninguna potencia pudiera imponerse completamente. Su objetivo era reconfigurar Europa desde el principio de equilibrio de poder con una diplomacia que combinara firmeza y flexibilidad. Como sintetizó Montassier, la regla constante de Mazarino fue "ser fuerte para no tener que usar la fuerza" (2015, p. 158), una estrategia de disuasión eficaz que permitió a Francia imponer sus términos sin necesidad de imponer su dominio. A ello contribuía también

la constatación, en Münster, del fracaso definitivo de la restauración de un orden católico universal, pese a los esfuerzos sostenidos de Madrid en múltiples frentes. Así, tras años de maniobras y alianzas, las negociaciones estaban listas para culminar.

4.3.2. La Paz y sus consecuencias

El 24 de octubre de 1648 se firmaron los Tratados de Westfalia en las ciudades de Münster y Osnabrück, sellando el fin de la Guerra de los Treinta Años. Francia firmó su acuerdo con el emperador en Münster, mientras que en Osnabrück se formalizaron los tratados con Suecia y los estados protestantes del Imperio. No obstante, la exclusión deliberada de España del tratado con el emperador confirmó la continuación del conflicto con Francia.

Para la historia europea, esta paz supuso un punto de inflexión. Confirmó la independencia de las Provincias Unidas y de la Confederación Helvética, consagró el reconocimiento del calvinismo junto al luteranismo y al catolicismo, y debilitó de forma irreversible la autoridad del emperador en favor de los estados del Imperio. Los territorios alemanes, convertidos durante décadas en un vasto campo de batalla, fueron escenario de una devastación sin precedentes: sus ciudades arrasadas, sus campos reducidos a cenizas y sus poblaciones diezmadas, "descendiendo de dieciséis millones a tan solo seis" (Ryan, 1948, p. 591). Como afirma este mismo autor, contemporáneo de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), la Guerra de los Treinta Años "trajo a Alemania una devastación y un sufrimiento no inferiores, quizás, a los que Hitler ha causado a ese desdichado país en nuestros días" (Id.).

Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, la Paz de Westfalia consagró la idea de la soberanía estatal y la no injerencia como pilares del nuevo orden europeo. El ideal de una cristiandad unificada bajo la autoridad del papa y el emperador fue reemplazado por un sistema pluralista de estados. Este nuevo equilibrio de poder sentó, por tanto, las bases del sistema internacional moderno. La pérdida de influencia del papado y del Sacro Imperio fue evidente: el papa Inocencio X (1574-1655) llegó a condenar oficialmente los tratados mediante la bula *Zelo domus Dei*, publicada en noviembre de 1648, al considerar que atentaban contra la unidad de la fe católica y la autoridad eclesiástica. Según Bély, "Después de los concilios que

marcaron la cristiandad hasta el siglo XVI, Europa entraría en la era de los congresos (hasta el siglo XX), destinados a restablecer la paz tras un largo conflicto" (2009, p. 285).

Paralelamente, para Francia, los tratados representaron una victoria diplomática decisiva. No solo obtuvo los tres obispados de Metz, Toul y Verdún, sino también Brisach, Philippsburg y los derechos austríacos en Alsacia. El control francés del Rin ponía fin a las rutas tradicionales de comunicación de España con el centro de Europa, lo que otorgaba a Mazarino una posición estratégica de primer orden. Por otro lado, una de las maniobras más astutas de Mazarino fue firmar la paz con el emperador en Münster, dejando deliberadamente al margen a la rama española de los Habsburgo. Como señala Hugon, "Mazarino firma la paz con el emperador […] lo que supone una disociación de las dos ramas de los Habsburgo" (2019, p. 122), una ruptura que no se había producido desde la época de Carlos V, y que marcaría el inicio de la desunión entre las ramas de los Habsburgo en Europa. Además, Francia y Suecia se consolidaron como garantes de la paz, lo que reforzaba su influencia directa en los asuntos internos del Imperio y su condición de potencias decisivas en el nuevo orden europeo.

No obstante, la firma de la paz no trajo estabilidad inmediata al interior del reino francés. Las tensiones sociales y fiscales estallarían definitivamente en la Fronda, una revuelta que pondría en jaque al gobierno del cardenal y condicionaría profundamente la continuación de la guerra con España.

4.4. LA FRONDA

4.4.1. Sublevación

La firma de la Paz de Westfalia no trajo la estabilidad interna que Francia tanto necesitaba. Apenas alcanzado el éxito diplomático en Europa, el reino se vio sacudido por una crisis de gran profundidad: la Fronda. Esta revuelta, cuyo nombre proviene de un juego infantil parisino en el que los niños se lanzaban proyectiles con hondas, fue adoptado irónicamente por los opositores del régimen para designar un movimiento de contestación política y social. Lejos

de ser una rebelión unificada, la Fronda fue un fenómeno complejo, dividido en varias fases, que agitó Francia entre 1648 y 1653.

En su origen, la Fronda fue una reacción al creciente autoritarismo ministerial impuesto desde los tiempos de Richelieu, que Mazarino había heredado y continuado. El agotamiento fiscal, fruto de años de guerra y presión tributaria, se combinaba con el descontento de la nobleza y del Parlamento de París, que rechazaban el poder centralizado y el protagonismo de un ministro extranjero. La Fronda fue, por tanto, una respuesta a la política brutal que se conducía para obtener recursos, al clima de constricción heredado de Richelieu, y a la obediencia impuesta a la corte y la nobleza (Bély, 2013, p. 346). La oposición al cardenal no era solo política, sino también simbólica: muchos *frondeurs*, como se denominaban a los sublevados, percibían al cardenal como el obstáculo que impedía un retorno al equilibrio institucional tradicional.

El conflicto estalló en agosto de 1648, cuando la detención del popular consejero Broussel provocó un levantamiento generalizado en París. Las barricadas inundaron las calles y la corte se vio obligada a ceder. Nacía así la Fronda parlamentaria o "vieja Fronda", protagonizada por los magistrados. Poco después, surgió la llamada "Fronda de los príncipes", encabezada por el ambicioso Luis de Borbón-Condé, héroe de Rocroi, que tras sofocar la primera sublevación se volvió contra la regente al ver frustradas sus aspiraciones de influencia. La detención de Condé en 1650 intensificó la rebelión y provocó una alianza entre los frondeurs y España. Como resume Duccini, "España contaba con la Fronda para paralizar a la regente; la guerra, por tanto, no había terminado" (2013, p. 26).

El papel de España fue activo y continuado. Según Combes, "la Fronda estalló por instigación de la corte de Madrid, antes de que todo hubiera terminado en Alemania, y amenazaba con derrocar al propio cardenal Mazarino" (1854, p. 310), lo que refleja el uso deliberado del conflicto por parte de la monarquía hispánica para desestabilizar a su principal rival. Como explica el historiador y profesor de Princeton, Jonathan I. Israel, "Madrid mandaba a Bruselas unas órdenes categóricas por las que el archiduque debía dar prioridad, por encima del resto de objetivos y consideraciones, a la intervención en Francia, con el fin de apoyar a Condé y avivar las brasas de las Frondas" (2009, p. 315).

Mazarino tuvo que exiliarse en el Electorado de Colonia durante casi todo el año 1651. La guerra civil se agravó en 1652, con enfrentamientos en París, saqueos por parte de tropas extranjeras y divisiones internas entre los propios sublevados. Sin embargo, Luis XIV, proclamado mayor de edad con 13 años en 1651, encabezó simbólicamente el esfuerzo restaurador. De este modo, tras meses de enfrentamientos, el joven rey entró triunfalmente en París el 21 de octubre de 1652 y se instaló en el palacio del Louvre. Finalmente, el 3 de febrero de 1653, Mazarino regresó a la capital y fue recibido entre aplausos por el pueblo parisino. El puerto de Bourg fue tomado por las tropas reales el 4 de julio, y la caída de Burdeos, última gran ciudad en manos de los frondeurs, el 27 de julio de 1653, marcó el final definitivo del levantamiento.

4.4.2. Implicaciones

La caída de Burdeos en julio de 1653 no trajo una paz inmediata ni una victoria definitiva para la monarquía. Aunque la Fronda había terminado formalmente, sus secuelas se extendieron durante años, condicionando la política interior y exterior de Francia. La revuelta había debilitado el reino, interrumpido los esfuerzos militares y desestabilizado la autoridad real. Como afirma Bély, "la Fronda había conducido a disminuir el esfuerzo militar en España" (2013, p. 358), lo que provocó, en 1652, la pérdida de Barcelona, Casale y Dunkerque.

España, por su parte, supo aprovechar el caos francés. Según Jonathan I. Israel, "las Frondas revelaban con cruda claridad las profundas divisiones que acuciaban a la sociedad de Francia" (2009, p. 273) y abrieron una auténtica oportunidad para que la monarquía hispánica reconfigurase su respuesta frente a Francia. Entre 1649 y 1656, Madrid recuperó temporalmente la iniciativa en Flandes, Alsacia y el sur de Francia. No obstante, las tensiones internas y la fragilidad financiera española impidieron una ofensiva decisiva.

Para Mazarino, las implicaciones fueron cruciales. Durante y tras la Fronda, se mostró como un hábil estratega, alternando firmeza y concesiones, promoviendo alianzas y negociando discretamente con España. Su mayor éxito fue recomponer la imagen de la monarquía y recuperar gradualmente el control del territorio. Al finalizar la crisis, se preparaba ya una nueva

etapa: la reanudación de la guerra con España, ahora desde una posición más sólida, y con Inglaterra como nuevo y decisivo aliado.

4.5. ALIANZA CON LA INGLATERRA DE OLIVER CROMWELL

4.5.1. Inglaterra: antecedentes y contexto

Con la muerte de Isabel I en 1603 se extinguió la dinastía Tudor, y el trono inglés pasó a Jacobo VI de Escocia (1566-1625), que se convirtió en Jacobo I de Inglaterra e inauguró la dinastía Estuardo. Jacobo era bisnieto de Margarita Tudor (1489-1541), hermana de Enrique VIII (1491-1547), lo que le otorgaba un vínculo dinástico con la monarquía inglesa, aunque su ascenso al trono inició una nueva etapa en la política del país. Proclamó la unión de las coronas inglesa y escocesa y adoptó el título de "rey de Gran Bretaña", pero sin lograr una verdadera unidad institucional ni territorial.

Su actitud hacia la monarquía hispánica, con la que firmó la paz en 1604, y su ambigüedad confesional despertaron recelos entre los sectores protestantes. Como señala Hélie, su política lo colocaba "en una posición delicada en Inglaterra, donde se le sospechaba de inclinaciones papistas" (2019, p. 112). Su hijo Carlos I (1600-1649) agravó las tensiones al imponer impuestos y reformas religiosas sin el consentimiento del Parlamento, lo que desembocó en el periodo de guerras civiles inglesas (1642–1651), que enfrentaron a los *cavaliers* realistas con los *roundheads* parlamentarios, que contaron con el liderazgo decisivo de Oliver Cromwell (1598-1658) y su *New Model Army*. Esta fuerza, organizada con criterios de mérito y disciplina puritana, introdujo un modelo profesionalizado que rompía con las formas tradicionales del ejército. La victoria de estos últimos culminó con el juicio y la ejecución del rey Carlos en Londres, el 30 de enero de 1649, un acto sin precedentes que escandalizó a las monarquías europeas.

Montassier subraya que "los sobresaltos de la guerra civil entre los Estuardo, su Parlamento y los puritanos alejaban a Inglaterra de la vida colectiva europea" (2015, p. 125). No en vano, Inglaterra fue una de las pocas grandes potencias no representadas en el Congreso

de Westfalia. Mientras tanto, Cromwell consolidó el nuevo régimen republicano (conocido como *Commonwealth*), sometió con violencia a Irlanda y Escocia, y orientó la política exterior hacia la supremacía marítima. Los Actos de Navegación de 1651 reforzaron ese objetivo, al reservar el comercio en puertos ingleses a embarcaciones propias o de países de origen de las mercancías.

A pesar del rechazo inicial que provocó el regicidio, Mazarino pronto vio en el nuevo régimen un posible aliado frente a España. Como afirma Hélie, "los primeros intercambios entre Francia y Cromwell se remontan ya a 1651" (2019, p. 160). En diciembre de 1652, una embajada francesa fue oficialmente acreditada en Londres. Las condiciones para una alianza militar entre ambas potencias comenzaban a consolidarse.

4.5.2. La alianza y su impacto en la Guerra

Tras la consolidación del régimen republicano inglés y el retorno del orden interno en Francia, Mazarino vio la oportunidad de construir una alianza decisiva para inclinar la balanza contra España. La restauración de la autoridad monárquica francesa tras la Fronda permitió al cardenal volver su atención hacia el exterior. Como recuerda el historiador de Cambridge, David L. Smith, "la reafirmación del poder real durante el curso de 1653 permitió a Mazarino mirar hacia fuera con mayor confianza, y en particular centrarse en el peligro Habsburgo" (2014, p. 4).

Los primeros contactos con Cromwell se remontaban a 1651, pero fue en 1655 cuando las circunstancias políticas y estratégicas propiciaron un acercamiento definitivo. Ese año, Inglaterra se lanzó abiertamente contra España con su expedición al Caribe, ocupando la isla de Jamaica. Esta agresión no solo evidenciaba un giro en la política exterior de Cromwell, sino que ofrecía a Mazarino una oportunidad irrepetible. Venning (1995) afirma que la apertura de hostilidades con España marcó el abandono de la política de no alineamiento de Cromwell y facilitó el acercamiento anglo-francés. En octubre de 1655 se firmó un primer tratado comercial entre Inglaterra y Francia, y en marzo de 1657 se formalizó una alianza militar. A cambio del apoyo británico, Mazarino aceptó expulsar del reino a los pretendientes estuardistas (Carlos II

y el duque de York) y ofreció a Inglaterra la cesión de plazas estratégicas en el futuro enfrentamiento contra España. El acuerdo estipulaba una campaña conjunta contra los tercios españoles en Flandes, mediante la cual Francia conservaría Gravelinas, mientras que Mardyck y Dunkerque quedarían en manos inglesas.

La alianza no tardó en mostrar sus frutos. En 1657, el mariscal de Turenne capturó Mardyck, y al año siguiente, el 14 de junio de 1658, tuvo lugar la decisiva batalla de las Dunas. Frente a las costas de Flandes, el ejército combinado de Francia e Inglaterra, con apoyo naval inglés, que bloqueó la costa durante el combate, derrotó de manera aplastante a las fuerzas españolas dirigidas por don Juan José de Austria (1629-1679), hijo extramatrimonial del rey Felipe IV, y el príncipe de Condé. Fue una victoria demoledora, que marcó el ocaso de la era de los tercios españoles: "El ejército de Flandes fue derrotado decisivamente […] En las semanas siguientes, la moral española literalmente se desintegró", señala J. I. Israel (2009, pp. 335-336). La toma de Dunkerque se produjo apenas días después, y fue entregada conforme al tratado a Inglaterra. La ofensiva continuó con la conquista francesa de Gravelinas, Veurne, Ieper y Diksmuide, mientras que en Lombardía avanzaban rápidamente. La coalición había golpeado en el corazón del poder español en Europa. Una insólita alianza entre un cardenal católico y un dictador puritano había logrado alterar el equilibrio de poder en Europa.

A nivel diplomático, la maniobra de Mazarino fue magistral. No solo logró aislar a España, sino que se adelantó al peligro de un posible acercamiento hispano-inglés. Al mismo tiempo, fortalecía la posición francesa en el continente, proyectando una imagen de liderazgo y pragmatismo. François Saulnier lo describe como una "alianza de contrarios" que, a pesar de las diferencias religiosas, supo superar las desconfianzas para lograr un objetivo común (Smith, 2014, p. 3). Este giro en el conflicto terminó de arrinconar a la monarquía hispánica. Tras más de dos décadas de guerra continua, el desgaste territorial, económico y humano era insostenible. La alianza anglo-francesa había revelado la vulnerabilidad de España en múltiples frentes. Como afirma Bertière, "la guerra contra el Habsburgo de Madrid estaba ganada" (2024, p. 24), pues las defensas marítimas habían caído, y las ambiciones imperiales quedaban definitivamente quebradas.

El impacto de esta colaboración anglo-francesa fue inmediato y profundo. No solo cambió el curso de la guerra, sino que obligó a Felipe IV a asumir una posición negociadora.

La monarquía española, acorralada y exhausta, comprendió que era imposible revertir la situación. A finales de 1658, los contactos diplomáticos se intensificaron, y en 1659 se alcanzó finalmente un acuerdo: la Paz de los Pirineos. La firma de este tratado, que será objeto del siguiente capítulo, supuso la culminación del proyecto mazariniano. Francia emergía como la gran potencia continental, mientras que España entraba en un largo declive. En buena medida, aquella victoria no fue solo fruto de la estrategia militar, sino del genio diplomático de un cardenal capaz de sellar una alianza *contra natura* con tal de vencer a la potencia que antaño fue la dueña de Europa.

5. LA PAZ DE LOS PIRINEOS (1659)

5.1. NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS: MAZARINO Y LUIS DE HARO .

La guerra entre Francia y España había alcanzado en la segunda mitad del siglo XVII un punto de desgaste mutuo insostenible. Tras más de dos décadas de conflicto, ambas potencias católicas se enfrentaban en distintos frentes europeos en una guerra que ya no respondía a diferencias religiosas, superadas tras la Paz de Westfalia, como a la lucha por la hegemonía continental. La prolongación del conflicto, el agotamiento financiero de las dos monarquías y la evolución del equilibrio geopolítico llevaron finalmente a abrir la vía de la diplomacia.

Los primeros intentos formales de paz se remontan a 1656, cuando Mazarino, aún sin el respaldo activo de Inglaterra, envió a su ministro Hugues de Lionne a Madrid con el objetivo de negociar un acuerdo. La ocasión era favorable para España, que acababa de obtener una victoria en Valenciennes y mantenía el frente portugués bajo control. Sin embargo, las exigencias francesas, particularmente respecto al príncipe de Condé y el matrimonio de la infanta María Teresa, hija de Felipe IV, con Luis XIV, resultaron inaceptables. El monarca español aún no tenía heredero varón y consideraba a su hija como pieza estratégica en la continuidad dinástica. Estas condiciones rompieron las negociaciones prematuramente. Sin embargo, como se ha observado en este trabajo, dos años después, tras la alianza franco-inglesa,

el panorama era radicalmente distinto. Por ello, el 8 de mayo de 1659, ambas monarquías acordaron una suspensión general de hostilidades.

Por parte española, Luis Méndez de Haro y Guzmán (1598-1661), sobrino del conde-duque de Olivares y sucesor político de éste como nuevo valido de Felipe IV, fue quien asumió la dirección de las incipientes conversaciones en nombre del Rey. Hombre prudente, metódico y con un estilo radicalmente opuesto al de su predecesor, Haro representaba una nueva generación de estadistas en Madrid, menos inclinados a las gestas imperiales y más conscientes de los límites estructurales de la monarquía hispánica. Se designaron entonces plenipotenciarios para avanzar en la negociación: por parte española, fue enviado primero don Antonio de Pimentel a París, en una misión privada, logrando evitar la restitución de Condé, pero no pudo frenar las exigencias territoriales francesas, y su acuerdo fue considerado humillante por parte de la corte de Madrid. No obstante, esa posible humillación relanzó las negociaciones, y el 4 de junio se concluyó en París un primer tratado preliminar, firmado por el embajador de España, en virtud del cual el príncipe de Condé recuperaba sus bienes, aunque no se le restituían los gobiernos que había ostentado anteriormente. Aun así, Medina de las Torres, consejero de Estado y figura influyente, defendió que se aceptaran esas condiciones sin más demoras. Luis de Haro, sin embargo, decidió intervenir personalmente, desobedeciendo la orden real de no modificar lo pactado por Pimentel, e intentó renegociar puntos cruciales del acuerdo.

El lugar elegido para las negociaciones entre los dos principales representantes, Luis de Haro y Mazarino, fue la isla de los Faisanes, situada en el río Bidasoa, entre Irún y Hendaya, escogida por su simbolismo neutral y su emplazamiento equidistante. Estaba previsto que en la isla se reuniesen ambos monarcas para ratificar el tratado, lo que transformó aquel espacio, durante unos meses, “en el centro de las dos monarquías más poderosas del mundo, donde cada una procuró proyectar su poder de la forma más espectacular posible” (Presumido, 2020, p. 73). La isla fue cuidadosamente medida para repartir de forma equitativa sus 680 metros cuadrados, tendiéndose puentes desde ambos márgenes y levantándose una caseta común, dividida por dentro, donde cada delegación decoró su mitad con la mayor ostentación posible, enviándose desde París incluso los tapices más suntuosos del rey. Meses más tarde, con la llegada de los reyes, los séquitos retomarían su labor para demostrar cuál era el más esplendoroso. “Nuevamente, parece que los franceses volvieron a llevar la delantera en esta cuestión” (Id.).

Fue así como 13 de agosto de 1659, el cardenal Mazarino llegó a la isla de los Faisanes con un fastuoso séquito de veintisiete carruajes tirados por seis caballos cada uno, acompañados de miembros de las principales familias de Francia, pajes y sirvientes ataviados con lujosas libreas. Esta demostración de magnificencia reflejaba tanto la posición de fuerza de Francia como la voluntad de impresionar a la delegación española. Las conversaciones, que se prolongaron hasta noviembre, estuvieron marcadas por una combinación de cortesía ceremonial y estrategia calculada.

Francia tenía objetivos claros: consolidar sus conquistas territoriales, reforzar su posición en los Países Bajos y desarticular el poder de los Habsburgo. España, por su parte, buscaba evitar una paz deshonrosa que acelerara su pérdida de prestigio internacional. Como señaló Haro en una carta a don Juan José de Austria en 1657, "ni esta corona tiene otro enemigo que la de Francia, ni la de Francia otro enemigo que nosotros. Esta ha de ser, como siempre ha sido, una disputa perpetua por ser las dos potencias mayores" (Valladares, 2009, p. 343). Esta rivalidad estructural explica la cautela y la tensión que marcaron cada etapa del proceso. Mazarino desplegó su habitual genio diplomático, repitiendo una estrategia que ya había ensayado en la Paz de Westfalia: la disociación de las dos ramas de los Habsburgo. Así como en 1648 había negociado por separado con el emperador, ahora hacía lo propio con la monarquía española, debilitando el frente común de la Casa de Austria y erosionando su influencia continental.

Por otro lado, conviene recordar que las negociaciones entre Haro y Mazarino se desarrollaron en la más estricta privacidad, sin testigos ni actas oficiales de sus intercambios. Como advierte el hispanista Lynn Williams, "Por consiguiente, nadie sabe exactamente lo que transcurre entre ellos en sus 25 entrevistas" (2016, p. 8). No obstante, a pesar de esta falta de transparencia, las conversaciones se desarrollaron con una notable discreción y respeto mutuo. Mazarino y Haro compartían ciertos rasgos personales: ambos eran políticos pragmáticos, alejados del fanatismo ideológico, y conscientes de que solo una paz honrosa permitiría cerrar un conflicto que había desangrado a Europa. La diferencia residía en la iniciativa: mientras Haro intentaba contener las pérdidas, Mazarino avanzaba con paso firme hacia un diseño del equilibrio europeo en clave francesa. Aunque el marco de negociación pretendía presentarse como simétrico, la realidad era distinta.

Uno de los puntos más delicados fue el relativo a las plazas fronterizas. Francia exigía nuevas cesiones de varias ciudades clave, como Gravelinas o Artois, mientras que España intentaba negociar compensaciones o retener enclaves simbólicamente importantes. El control territorial del norte de los Países Bajos se convirtió en una cuestión prioritaria para París, no solo por razones militares, sino también como proyección de su influencia futura en la región.

No obstante, el otro aspecto central fue la cuestión matrimonial. Mazarino supo introducir hábilmente en la negociación la propuesta de un matrimonio entre Luis XIV y María Teresa de Austria. Esta propuesta, que combinaba intereses políticos y dinásticos, servía como herramienta para asegurar la paz y, al mismo tiempo, sembrar la posibilidad de futuras reivindicaciones francesas sobre el trono español. Como apunta Bély, ya desde 1646 Mazarino concebía esta unión como un medio para acceder a la sucesión de la monarquía hispánica, escribiendo a los plenipotenciarios franceses en Münster: "Si la infanta se casa con Su Majestad, podríamos llegar a la sucesión de España, por muchas renuncias que se le hicieran firmar, y no sería una expectativa muy lejana, pues solo la vida del príncipe, su hermano, podría excluirla" (2010, p. 17).

Haro aceptó con resignación, imponiendo una cláusula de renuncia de derechos por parte de la infanta, pero que resultaría jurídicamente ambigua y sería la base de futuras tensiones. Dicha ambigüedad fue advertida por los propios negociadores franceses. El secretario de Mazarino, Hugues de Lionne, hizo que el artículo 4 de la renuncia comenzara con un *Moyennant*, es decir, un "A condición de que", estableciendo un vínculo directo entre la renuncia de María Teresa y el pago efectivo de su colosal dote: "Que a condición de que se realice el pago efectivo a Su Majestad Cristianísima de los mencionados quinientos mil escudos de oro, o su valor equivalente, en los términos ya indicados, la Serenísima Infanta se considerará satisfecha […] sin que en lo sucesivo pueda alegar ningún otro derecho propio" (Ibid., p. 18). Ambas delegaciones sabían que España, en una situación financiera crítica, no estaba en condiciones reales de afrontar el pago de tan elevada suma, lo que convertía la renuncia en un compromiso jurídicamente frágil. Como ocurría a menudo en este tipo de tratados, se optó por posponer la resolución de los posibles conflictos futuros, primando la necesidad inmediata de alcanzar la paz.

A raíz de estos asuntos cruciales, las conversaciones se extendieron durante varios meses, interrumpidas solo por breves retornos a sus respectivas cortes para consultas. A lo largo del proceso, Mazarino se mantuvo firme en los principios esenciales de su política exterior: el debilitamiento de la monarquía hispánica, la consolidación territorial del norte francés, el acceso al control del Mediterráneo occidental, y la afirmación del poder del joven Luis XIV. En contraste, Haro trataba de frenar el deterioro sin comprometer la dignidad de la corona. Aunque logró salvar algunos puntos clave, como evitar la pérdida de Cataluña o ciertas plazas italianas, el balance general fue claramente favorable a Francia. En ese marco, la negociación de la Paz de los Pirineos fue también la escenificación del ascenso definitivo de Francia. Por primera vez desde el siglo XVI, la monarquía española cedía la iniciativa en Europa. Mazarino, a diferencia de Richelieu, no necesitó grandes conquistas militares para sellar la hegemonía: su fuerza residía en la diplomacia, en la creación de condiciones favorables, y el manejo inteligente de los tiempos.

El Tratado de los Pirineos, cuyo contenido sería firmado el 7 de noviembre de 1659, fue el resultado inmediato y directo de estas negociaciones. Con ellas se cerraba el largo ciclo de enfrentamientos entre Francia y España que había dominado el siglo XVII, y se abría una nueva etapa en la que Francia se afirmaba como potencia hegemónica del continente. El estilo negociador de ambos ministros, cargado de prudencia y cálculo, supo dar forma a un acuerdo que aún hoy se recuerda como un modelo de diplomacia clásica.

5.2. EL TRATADO DE LOS PIRINEOS

La firma del Tratado de los Pirineos, el 7 de noviembre de 1659, supuso el acto culminante de una compleja negociación diplomática que puso fin a una de las guerras más prolongadas y significativas del siglo XVII.

Según el testimonio recogido por Daniel de Cosnac, primer limosnero del cardenal Mazarino, durante la ceremonia “había una mesa, en medio de la sala […] donde había dos tapices y dos crucifijos […]. M. de Lionne, por parte de Francia, y Pimentel, por parte de España, comenzaron cada uno a leer el contrato de matrimonio” (Bély, 2009, p. 331). La escena,

cuidadosamente orquestada, subrayaba la importancia del pacto alcanzado y la dimensión casi ritual del nuevo equilibrio de poder en Europa.

El contenido del tratado reflejaba de forma clara la consolidación de la hegemonía francesa. Francia obtenía el Rosellón, parte de la Cerdaña y varias plazas del norte de Europa, entre ellas Artois, Gravelinas, Philippeville o Le Quesnoy. Como recoge Presumido, "el tratado, aunque reflejara la derrota de las armas españolas, no fuera, al menos, humillante en sus condiciones. En palabras de Domínguez Ortiz, «fue una honrosa transacción entre un digno vencido y un moderado vencedor»" (2020, p. 72). Sin embargo, bajo la superficie de esta transacción honrosa se ocultaba el hecho de que la monarquía hispánica jamás volvería a recuperar la primacía continental.

Es cierto que buena parte del contenido del tratado giraba en torno a la redefinición territorial, pero su núcleo simbólico y estratégico residía en el compromiso matrimonial entre Luis XIV y la infanta María Teresa de Austria. Este aspecto se explicitaba en los propios términos del tratado, donde se afirmaba:

> *Y para que esta paz y unión, confederación y buena correspondencia sea, como se desea, tanto más firme e durable e indisoluble, los dichos dos principales ministros, Cardenal Duque y Marqués Conde Duque, en virtud del poder especial que han tenido para este efecto de los dos Señores Reyes, han acordado y asentado en su nombre el matrimonio del Rey Cristianísimo con la Serenísima Infanta Doña María Teresa, hija primogénita del Rey Católico, y este mismo día, fecha de las presentes, han hecho y firmado un Tratado particular, al cual se remiten todas las condiciones recíprocas del dicho matrimonio y el tiempo de su celebración. El cual Tratado separado y capitulación matrimonial tienen la misma fuerza y virtud que el presente Tratado, como que es la principal y más digna parte de él, como también la mayor y más preciosa prenda de la seguridad de su duración* (Llull, 2010)

Esta unión dinástica no solo pretendía asegurar la paz, sino establecer una base jurídica que, en caso de crisis sucesoria en la monarquía española, permitiera a la Casa de Borbón presentar una reivindicación legítima al trono. El desarrollo posterior de los acontecimientos reforzó aún más el simbolismo del tratado.

La celebración del matrimonio por poderes tuvo lugar en Fuenterrabía el 3 de junio de 1660, con Luis de Haro actuando como representante de Luis XIV. Al fin, el 6 de junio, Felipe IV y Luis XIV se encontraron en la isla de los Faisanes. En esa ocasión, tal y como relata Cosnac:

> *Estuve presente en la primera entrevista entre los dos reyes. El rey [de Francia] fue el primero en dirigir unas palabras al rey de España, y le dijo que lamentaba sinceramente haberle causado molestias y haberle expuesto a la fatiga que sin duda había sufrido en tan largo viaje, así como por el alejamiento de la reina, su esposa, y de su hijo. El rey de España respondió que el honor y el placer de verle, así como el afecto que sentía por su hija, le habían hecho soportar con gusto aquel cansancio.* (Bély, 2009, p. 330)

El cuadro del pintor francés Jacques Laumosnier, conservado en el Museo de Tessé de Le Mans, Francia, ofrece un testimonio gráfico inigualable de aquel momento histórico (ver Anexo I). En el cuadro de 1660 se representa el solemne encuentro entre los reyes Felipe IV de España y Luis XIV de Francia en la isla de los Faisanes. La pintura va más allá de una simple representación histórica: es una metáfora visual del declive de una potencia y el ascenso de otra. En el lienzo, Felipe IV aparece envejecido y agotado, mientras que Luis XIV se muestra joven, erguido y seguro. Esta diferencia trasciende la edad de los monarcas: es el reflejo de una transformación estructural en el orden internacional. La rivalidad entre ambas monarquías, que había marcado dos siglos de relaciones diplomáticas, se condensaba en este gesto de entrega. Si Felipe IV era conocido como el Rey Planeta, Luis XIV pasaría a la historia como el Rey Sol. Ambos reyes simbolizaban dos estilos de poder, dos modelos de Estado. El cuadro también muestra la diferencia estética entre ambas delegaciones: los españoles, situados a la derecha, visten con sobriedad, al estilo austero de los Habsburgo, mientras que los franceses, a la izquierda, aparecen ricamente ataviados, con colores vivos, brocados y poses cortesanas. Es toda una alegoría visual de la tradición frente a la modernidad. Pero lo que verdaderamente se representa no es solo el tratado o el encuentro entre las monarquías, sino la entrega simbólica de María Teresa al joven monarca francés, acto que sellaba definitivamente la paz y al mismo tiempo, alteraba para siempre el equilibrio dinástico de Europa. (Llull, 2010)

Finalmente, el 9 de junio se celebró el matrimonio en San Juan de Luz. Esta ceremonia, cargada de esplendor, fue la culminación de un proceso diplomático meticuloso y de largo

aliento. El joven rey francés recibía a una infanta de los Austrias como esposa, pero también como símbolo de paz. Tal como afirma Hosack, "Francia adquirió una peligrosa preeminencia en la política europea […] no puede negarse que a este extranjero le corresponde el mérito de haber concluido los dos tratados más importantes del siglo XVII, ambos decisivos para el engrandecimiento de su patria adoptiva" (1882, p. 234), en clara alusión al cardenal Mazarino.

El tratado no resolvió todos los problemas pendientes, como la delimitación exacta en la Cerdaña, pero su firma representó un nuevo orden en el continente. Mazarino logró dotar a Francia de una triple seguridad: en el plano jurídico, con tratados firmes; en el plano territorial, con nuevas fronteras consolidadas; y en el plano dinástico, con la posibilidad futura de aspirar a la corona española, la seguridad del porvenir (Bély, 2010, p. 18).

5.3. CONSECUENCIAS

5.3.1. Francia y su nuevo lugar en el mundo

La firma del Tratado generó efectos inmediatos en la política interior y exterior de Francia. A corto plazo, la situación creada por el acuerdo permitió a la monarquía francesa reforzar su posición en el tablero europeo, tanto desde el punto de vista militar como diplomático. Como señala Hélie, "aunque la amenaza española se alejaba definitivamente de las fronteras de Francia, ésta nunca contempló la posibilidad de desmovilizar. Desde 1660, una ordenanza real prevé mantener la paga de las tropas durante los doce meses del año" (2019, p. 174).

En este contexto, Francia dio los primeros pasos hacia la creación de un ejército permanente, nuevo instrumento de la hegemonía europea. La administración militar comenzó a organizarse bajo la dirección del secretario de Estado de la Guerra, el marqués de Louvois, lo que permitió un aumento sostenido de los efectivos armados. De esta forma, toda la década que va desde la paz de los Pirineos hasta la guerra de Holanda está marcada por un crecimiento regular de los efectivos. Según Hélie, "La infantería francesa pasa de 40.000 hombres en 1662 a 150.000 al comienzo de la guerra llamada del Derecho de Devolución en 1668, y alcanza la

cifra de 210.000 en 1674" (Id.). Asimismo, este refuerzo militar no se limitó al ámbito terrestre, pues en el plano naval, las reformas impulsadas por el ministro de Hacienda, Jean-Baptiste Colbert (1619-1683), permitieron a Francia desarrollar una marina de guerra moderna.

Desde el punto de vista diplomático, el tratado tuvo también efectos inmediatos. Según Costa, además de resolver las cuestiones entre España y Francia, "el tratado también afectó los asuntos de diversos gobernantes en todo el continente, quienes, en consecuencia, aparecen como partes reales o potenciales" (2018, p. 3). La resolución de conflictos pendientes con los duques de Saboya, Mantua y Módena, así como el restablecimiento de los derechos del príncipe de Condé, consolidó la posición francesa ante otros actores regionales. En particular, Francia obtuvo ventajas en Alsacia, el Rosellón y varias plazas del norte europeo, al tiempo que aseguraba su derecho de paso por el ducado de Lorena.

Por otro lado, la paz obtenida permitió a Luis XIV iniciar su reinado en condiciones inéditas de estabilidad. En palabras del propio rey, recogidas en sus *Memorias*, "la paz estaba establecida con mis vecinos por tanto tiempo como yo mismo lo quisiera, dadas las disposiciones en que se encontraban" (Hélie, 2019, p. 167). Entre estas disposiciones, destacaba la situación de debilidad de la monarquía española, que, según el monarca francés, "no podía reponerse tan rápidamente de sus grandes pérdidas. No solo estaba sin finanzas, sino sin crédito, incapaz de ningún gran esfuerzo ni en dinero ni en hombres" (Id.).

En definitiva, el Tratado de los Pirineos no solo selló la paz entre dos monarquías en conflicto, sino que sentó las bases institucionales, militares y diplomáticas para la actuación inmediata de Francia en los años posteriores. La estabilidad alcanzada, las cesiones territoriales y la reorganización del ejército y la marina permitieron al joven Luis XIV inaugurar una etapa de gobierno activo y ambicioso en un entorno favorable para su reino.

5.3.2. España: un futuro incierto

El Tratado de los Pirineos significó para la monarquía hispánica no solo la conclusión de una guerra prolongada, sino también el inicio de una nueva etapa política marcada por la contención, la reorganización interna y la pérdida de protagonismo en el contexto europeo.

Aunque algunos sectores percibieron el acuerdo como un logro diplomático, en especial por la gestión personal de Luis de Haro, la valoración histórica del tratado ha estado frecuentemente teñida de pesimismo. Como sostiene Jonathan I. Israel:

> *En vista de la caída fulminante del poder y prestigio de España en Europa durante la década de 1660, me parece totalmente justificable calificar la Paz de los Pirineos de derrota de conjunto para la corona española, en unas proporciones que Felipe había tratado por todos los medios de evitar desde 1648: una derrota que trajo consigo aquellas consecuencias que la corte de Madrid más había temido; la pérdida de toda influencia española dentro de Francia y en su perímetro; la consolidación del poder francés en Alsacia, Lorena y el corredor del Rin, y, a la postre, el aislamiento y la mutilación del poder español en los Países Bajos* (2009, p. 336-337).

Desde una perspectiva territorial, el tratado selló la pérdida de varias plazas clave en Flandes y del Rosellón, consolidando así el retroceso de la presencia española en el norte de Europa. En paralelo, la debilitación de la posición española permitió el desmantelamiento progresivo de la estructura militar de los Países Bajos. Como explica Hélie, "la desmilitarización de los Países Bajos es rápida; el ejército de Flandes, fuerte de 70.000 hombres en 1658, no cuenta más que con 30.000 en 1661 […] últimas décadas del siglo, esta cifra se reduce aún a la mitad" (2019, p. 168). El tratado, además, dejó sin resolver la cuestión portuguesa, que continuó siendo un frente abierto hasta 1668. La incapacidad de Madrid para reconquistar el reino vecino quedó de manifiesto en la derrota definitiva frente al cuerpo expedicionario anglo-portugués, considerado como "el fracaso de la última gran empresa europea" (Ibid., p. 167). Esta derrota marcó un punto de inflexión, pues el vínculo entre Portugal e Inglaterra alteraría a partir de entonces el equilibrio estratégico en Europa y el Atlántico.

A nivel dinástico, el tratado introdujo un factor de inestabilidad latente con la boda de María Teresa y Luis XIV. La renuncia condicional de la infanta a sus derechos dinásticos abrió un escenario que se haría efectivo décadas después. Como advierte Hugon, "la guerra de Sucesión es previsible desde 1659" (2019, p. 122). Esta previsión se basaba tanto en la fragilidad del heredero español como en la ambición francesa, sostenida por la ambigüedad jurídica del acuerdo matrimonial. Aunque desde el punto de vista cultural España conservaba un destacado brillo intelectual y artístico, lo cierto es que el tratado selló la transición desde un

modelo imperial expansivo a otro basado en la resistencia, la contención territorial y el repliegue estratégico. Como apunta Salvador, "la Paz de los Pirineos […] no hizo sino acentuar la tendencia regresiva ya apuntada […] la Monarquía católica se encontró a merced de la nueva potencia que la había sustituido en el liderazgo del occidente europeo, Francia" (2004, p. 225). La España posterior a 1659 dejó de ser el eje rector del orden internacional, convirtiéndose, por tanto, en una potencia defensiva y cada vez más dependiente de sus aliados para preservar la integridad de su vasto imperio.

6. CONCLUSIONES

6.1. EVALUACIÓN DEL PAPEL DE MAZARINO

El 9 de marzo de 1661, Julio Mazarino moría en Vincennes tras una larga enfermedad que había tratado de ocultar hasta el final. Su fallecimiento marcaba el cierre de una etapa trascendental para Francia y para toda Europa. Aquel cardenal de origen italiano, visto con desconfianza por su condición de extranjero, dejaba tras de sí un legado colosal: una Francia engrandecida territorialmente, estabilizada internamente y preparada para asumir el papel de gran potencia que marcaría los siglos siguientes.

Mazarino no murió alegre, pero sí satisfecho por haber cumplido, en sus propias palabras, la misión que le había sido encomendada por Luis XIII: preparar el reinado de su hijo (Bertière, 2024, p. 26). Y no cabe duda de que lo logró. Su influencia sobre el joven Luis XIV fue profunda y decisiva. Le transmitió no solo las claves del arte de gobernar, sino también una concepción del poder que se reflejaría luego en la política del Rey Sol. Según Bély, "de 1643 a 1661, el joven Luis XIV aprende el oficio de rey junto a su primer ministro, Mazarino, el mejor negociador de su tiempo" (2007, p. 377). La relación entre ambos trascendió lo meramente político. Mazarino se convirtió en la figura paterna que el joven rey nunca tuvo. Poco antes de marchar a negociar con Luis de Haro en 1659, le dirigió una advertencia solemne, que contenía a la vez una enseñanza sobre cómo ser un buen y verdadero rey:

> *Dios ha establecido a los reyes* […] *para velar por el bien, la seguridad y el descanso de sus súbditos, y no para sacrificar ese bien a sus pasiones particulares; y cuando se han encontrado algunos tan desdichados que han obligado por su conducta a la providencia divina a abandonarlos, las historias están llenas de las revoluciones y desgracias que han atraído sobre sus personas y sobre sus Estados.* (Bély, 2009, p. 328)

A lo largo de sus dieciocho años de ministerio, Mazarino desempeñó un papel clave en momentos decisivos para Europa: gestionó la Guerra de los Treinta Años tras la muerte de Richelieu, lideró las negociaciones que culminaron en la Paz de Westfalia y puso fin al prolongado conflicto con España mediante el Tratado de los Pirineos. Fue él quien dotó de

coherencia a la política exterior francesa y quien consolidó su papel como potencia mediadora. Como señala Bély, "en 1659, la paz de los Pirineos finaliza este largo conflicto y Mazarino aparece entonces como el árbitro de Europa. Esos dieciocho años de ministerio permitieron la paz general y dieron también un nuevo lugar al poder francés en Europa" (2007, p. 263). Su concepción de la diplomacia era moderna y pragmática. No se limitaba a cerrar tratados: los diseñaba con la intención de perdurar, de articular un equilibrio entre las potencias europeas que evitase la hegemonía absoluta de ninguna de ellas. Como afirma Montassier, Mazarino comprendió que todos los Estados de los que se compone Europa mantienen entre ellos vínculos y relaciones necesarias "que hacen que puedan ser vistos como miembros de una misma República, y que casi no puede ocurrir ningún cambio considerable en alguno de sus miembros sin que ello sea capaz de perturbar la paz de todos los demás" (2015, p. 68).

Sin embargo, pese a su incuestionable talento político, Mazarino ha sido una de las figuras menos reconocidas en relación con su verdadera importancia histórica. Como recordaba Dethan, "¿Cómo es posible que un hombre de esta talla […] haya sido durante tanto tiempo y tan insistentemente denigrado, rebajado, mientras que Luis XIV lo lamentó sinceramente y supo observar tan bien sus enseñanzas?" (1981, p. 61). De nuevo, parte de esta mala imagen proviene de su origen extranjero, pero también de la fortuna que acumuló en el ejercicio del poder y de las mazarinadas, libelos satíricos que circularon contra él durante la Fronda. Además, su aparente frialdad y gusto por el secreto contribuyeron a crear una figura enigmática, incluso para sus contemporáneos. Pero esa misma opacidad forma parte de su grandeza. Mazarino es, en palabras de Bertière, "el prototipo mismo del diplomático, con todos los estereotipos que ello conlleva: inteligencia, habilidad para maniobrar, paciencia, seducción y capacidad de convicción, pero también disimulo, gusto por el secreto, mentira y arte de la división" (2024, p. 13).

En suma, como se ha demostrado a lo largo de este trabajo, Mazarino fue el artífice silencioso de una transformación histórica: el tránsito de la Europa de los Habsburgo a la Europa de los Borbones. Una dinastía aún viva en nuestros días encarnada en la monarquía española, como vestigio palpitante de aquella nueva era que él ayudó a inaugurar. El legado del cardenal no se limita, por tanto, a los tratados que él selló, sino que se refleja también en la diplomacia que diseñó y en el rey que formó. Supo leer como pocos las tensiones del continente, interpretar

sus equilibrios, y anticipar sus transformaciones hasta situar a Francia en el centro del nuevo orden europeo. Mazarino no fue, por tanto, solo un hombre adelantado a su tiempo, sino el forjador de un nuevo tiempo.

6.2. HEGEMONÍA FRANCESA: CONSOLIDACIÓN Y TRANSFORMACIÓN

La firma del Tratado de los Pirineos no supuso solamente la clausura de un largo conflicto entre las dos monarquías más poderosas de la Europa moderna. Fue, junto con la Paz de Westfalia de 1648, el acto fundacional de un nuevo orden internacional. Francia, gracias al genio diplomático del cardenal Mazarino, se consolidaba no solo como vencedora del conflicto, sino como la potencia que a partir de entonces dominaría la escena europea. La transformación no fue inmediata, pero el tratado marcó con claridad el punto de inflexión. Si el siglo XVI había sido el siglo de los Habsburgo, el siglo XVII, desde ese momento, pertenecería a los Borbones.

Mazarino fue el artífice de este giro histórico. A través de la paz negociada en la isla de los Faisanes, Francia no solo amplió su territorio, sino que obtuvo una legitimidad inédita para intervenir en los asuntos europeos. Como recuerda Bély, a partir de los tratados de los años 1640-1650 ya se construía un nuevo papel para Francia, uno que permitiera "llevar a cabo una política de gran potencia, financiando un inmenso ejército, lanzando una marina de guerra, pero también esbozando una diplomacia multiforme" (2010, p. 19). Las consecuencias inmediatas fueron notables, pero el verdadero alcance de la victoria se vería en las décadas posteriores. Con el fortalecimiento del ejército y la marina impulsado por Colbert y Louvois, Francia pudo sostener una política internacional coherente y eficaz. La Guerra de Devolución (1667-1668) y las conquistas de Luis XIV confirmaron esta nueva hegemonía. Como afirma Jonathan I. Israel, tras la Paz de los Pirineos, "Europa pasaría a estar dominada durante décadas por una Francia abiertamente absolutista, mercantilista y ambiciosa en el ámbito militar" (2009, p. 273).

El testamento de Carlos II de España (1661-1700) en 1700, que designó como sucesor a Felipe de Anjou (1683-1746), nieto de Luis XIV y futuro Felipe V de España, es una de las consecuencias más claras de esta nueva correlación de fuerzas. La Guerra de Sucesión Española (1701-1714), que estalló poco después, fue el último acto del largo proceso iniciado por

Richelieu y culminado por Mazarino. Como observa Duccini, los tratados de Utrecht (1713) y Rastatt (1714) "instalaron a un Borbón en Madrid, «borrando», por así decirlo […] los Pirineos" (2007, p.10). Es decir, el acuerdo de 1659 no solo cambió las fronteras: cambió el mapa dinástico del continente. Francia no solo se expandía en términos militares. Su modelo cultural, político y administrativo se impuso con fuerza en las décadas posteriores. El absolutismo monárquico que alcanzó su cénit con Luis XIV, con la imagen de Versalles como símbolo del poder centralizado y magnificente, fue adoptado por muchas otras cortes europeas. El llamado "modelo francés" impregnó la política exterior y las formas de gobierno del siglo XVIII. Tal fue su impacto que los despotismos ilustrados de Federico II de Prusia o de Catalina II de Rusia lo adoptaron como referente (Id.).

Esta hegemonía cultural desembocó en una hegemonía ideológica. Francia, que ya había impuesto su modelo político, se convirtió en el epicentro de la Ilustración. Montesquieu, Voltaire, Rousseau o Diderot no solo marcaron el pensamiento europeo, sino que redefinieron los pilares de la modernidad. La Revolución Francesa de 1789, con sus principios de libertad, igualdad y fraternidad, proyectó esta hegemonía más allá de las fronteras de Europa. Fue el estallido ideológico que pondría fin al Antiguo Régimen el que también daría a luz a un nuevo tipo de imperio. Ese nuevo imperio tomó forma con Napoleón Bonaparte, quien supo heredar tanto el legado militar de Luis XIV como el ideario político de la Revolución. El Imperio napoleónico fue la expresión más plena de la hegemonía francesa en Europa, una hegemonía que transformó el mapa del continente. La codificación napoleónica, la reorganización administrativa y las reformas educativas llegaron a buena parte de Europa, exportando los principios del nuevo orden surgido de la Francia post-Mazarino.

La diplomacia moderna fue una de las grandes aportaciones del cardenal, y el germen de ese nuevo orden estaba en la isla de los Faisanes. Allí nació una forma distinta de hacer política internacional, basada no solo en la fuerza, sino en el equilibrio, la disuasión y la razón de Estado heredada de Richelieu. Aquel acto fue el preludio de un siglo de dominio francés, que perdura en el tiempo. En la actualidad, Francia es una de las principales economías del mundo, miembro permanente del Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas, y única potencia nuclear de la Unión Europea. Su lugar central en el mundo contemporáneo tiene raíces

profundas en la labor de quienes la consolidaron como potencia: entre ellos destaca con luz propia la figura de Julio Mazarino.

Por todo ello, y como se ha venido demostrando a lo largo de este trabajo, esta consolidación del poder francés no fue fruto del azar. Fue la culminación de una estrategia cuidadosamente urdida desde los días de Richelieu, perfeccionada por Mazarino y ejecutada por Luis XIV. Así, puede afirmarse que el legado de Mazarino, arquitecto de la Paz de Westfalia y de los Pirineos, no concluye con su muerte. Se proyecta en la política del rey Sol, se perpetúa en el trono español ocupado por un Borbón, se reconfigura en los ideales de la Ilustración y se expande con la Revolución Francesa, cuyos principios transformaron el mundo moderno. En suma, su obra fue el punto de partida de una hegemonía que transformó Europa, y cuyos ecos aún resuenan en la historia mundial contemporánea.

7. BIBLIOGRAFÍA

Bély, L. (2007). *L'art de la paix en Europe Naissance de la diplomatie moderne, XVIe-XVIIIe siècle*. Le Nœud gordien. Recuperado el 15 de octubre de 2024, de https://doi-org.ezproxy.univ-catholille.fr/10.3917/puf.bely.2007.01.

Bély, L. (2009). *La France au XVIIe siècle Puissance de l'État, contrôle de la société*. Hors collection. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de https://doi-org.ezproxy.univ-catholille.fr/10.3917/puf.bely.2009.01.

Bély, L. (2010). Westfalia, Pirineos, Utrecht: Tres tratados para redibujar Europa. En Jané O. (Coord.), Del Tratado de los Pirineos a la Europa del siglo XXI: ¿Un modelo en construcción? *Actas del congreso: Coloquio Barcelona-Perpiñán*, 17-20 de junio de 2009 (pp. 13–24). Recuperado el 14 de octubre de 2024, de https://ddd.uab.cat/

Bély, L. (2013). *La France moderne, 1498-1789*. Quadrige. Recuperado el 15 de octubre de 2024, de https://doi-org.ezproxy.univ-catholille.fr/10.3917/puf.bely.2013.01.

Bertière, S. (2007). *Mazarin. Le maître du jeu*. Editions de Fallois.

Bertière, S. (2024). *Mazarin (1602-1661). Le diplomate par excellence*. En H. Védrine, GRANDS DIPLOMATES. Les maîtres des relations internationales. De Mazarin à nos jours. (pp. 13-26). Perrin.

Blanchard, J-V. (2011). *Éminence: Cardinal Richelieu and the Rise of France*. Walker & Company.

Combes, F. (1854). *Histoire Generale de la Diplomatie Europeenne: Histoire de la Formation de l'Equilibre Europeen par les Traites de Westphalie et des Pyrenees*. Paris, Ed. Dentu.

Costa, J. (2018). *Treaty of the Pyrenees (1659).* En G. Martel, Encyclopedia of Diplomacy. (pp. 1-4). JohnWiley & Sons, Ltd. Recuperado el 4 de febrero de 2025, de https://www.researchgate.net/publication/324926248_Treaty_of_the_Pyrenees_1659

Dethan, G. (1981). Mazarin, un homme de paix à l'âge baroque (1602-1661), Collection «Personnages ». *Cahiers Saint Simon*. 10, 1982, pp. 65-66. Recuperado el 10 de octubre

de 2024, de https://www.persee.fr/doc/simon_0409-8846_1982_num_10_1_1013_t1_0065_0000_1

Duccini, H. (2007). *La France au XVIIe siècle*. Paris, Armand Colin. Recuperado el 7 de octubre de 2024, de https://doi-org.ezproxy.univ-catholille.fr/10.3917/arco.ducci.2007.01.

Duccini, H. (2013). Abel Servien à Münster : l'écho des négociations de Westphalie dans La Gazette de Renaudot en 1648. *Le Temps des médias*, n° 20(1), 22-31. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de https://doi-org.ezproxy.univ-catholille.fr/10.3917/tdm.020.0022.

El Kenz, D. et Gantet, C. (2008). *Guerres et paix de religion en Europe XVIe -XVIIe siècles*. Paris, Armand Colin. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de https://shs-cairn-info.ezproxy.univ-catholille.fr/guerres-et-paix-de-religion-en-europe--9782200355043?lang=fr.

Goubert, P. (2011). *Mazarin*. Hachette Pluriel Editions.

Hélie, J. (2019). *Les relations internationales dans l'Europe moderne - 2e éd. 1453-1789.* (2 e éd.). Paris, Armand Colin. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de https://doi-org.ezproxy.univ-catholille.fr/10.3917/arco.helie.2019.01.

Hernán-Pérez, J. (2014). La decadencia española del siglo XVII: La Escuela Austriaca de Economía y la interpretación de la crisis. *Procesos de mercado*, 13–49. Recuperado el 11 de enero de 2025, de https://www.procesosdemercado.com/index.php/inicio/article/view/162

Hosack, J. (1882). *On the Rise and Growth of the Law of Nations, as Established by General Usage and by Treaties, from the Earliest Time to the Treaty of Utrecht*. London, J. Murray. Recuperado el 18 de octubre de 2024, de Legal Classics - HeinOnline.org

Hugon, A. (2019). *L'Espagne du XVIe au XVIIIe siècle.* (2e éd.). Paris, Armand Colin. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de https://shs-cairn-info.ezproxy.univ-catholille.fr/l-espagne-du-xvie-au-xviiie-siecle--9782200624453?lang=fr.

Israel, J. I. (2009). España y Europa. Desde el Tratado de Münster a la Paz de los Pirineos, 1648-1659. *Pedralbes: Revista d'Història Moderna*, 29, 271–337. Recuperado el 20 de enero de 2025, de https://revistes.ub.edu/index.php/pedralbes/article/view/35352

Llull, J. (12 de diciembre de 2010). *La Paz de los Pirineos*. Arte e Iconografía. Recuperado el 2 de febrero de 2025, de https://www.arteiconografia.net/2010/12/la-paz-de-los-pirineos.html

Montassier, G. (2015). *Mazarin*. Perrin.

Pérez, J. (2000). *La España de Felipe II*. Editorial Crítica.

Presumido, P. (2020). *La Guerra hispano-francesa (1635-1659) y la configuración de las fronteras modernas: una perspectiva hispánica* [Universidad Complutense]. Recuperado el 7 de octubre de 2024, de https://hdl.handle.net/20.500.14352/11842

Puig, J. (2010). *Los moriscos, su expulsión y la situación de Valencia*. En A. Ait Belaid & P. González (Eds.), Diálogo e Historia. Actas del III Encuentro Internacional del Diálogo de Civilizaciones (pp. 197–214). Centro Mohamed VI para el Diálogo de Civilizaciones. Recuperado el 2 de enero de 2025, de https://docta.ucm.es/entities/publication/5b29e865-84ce-410b-b516-da3a18c10845

Ryan, E. A. (1948). Catholics and the Peace of Westphalia. *Theological Studies*, 9(4), 590–599. Recuperado el 10 de diciembre de 2024, de https://theologicalstudies.net/wp-content/uploads/2022/08/9.4.7.pdf

Salvador, E. (2004). La quiebra de la hegemonía hispánica en Europa. Un proceso complejo. En F. Aranda (Coord.), *La declinación de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII* (pp, 221-245). Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de http://doi.org/10.20350/DIGITALCSIC/11861

Smith, D. L. (2014). Diplomacy and the religious question: Mazarin, Cromwell and the treaties of 1655 and 1657. *E-rea*. OpenEdition. Recuperado el 9 de enero de 2025, de https://www.repository.cam.ac.uk/items/d853085e-bf84-4bf0-a4dc-1b2931bf380a

Valladares, R. (2009). Haro sin Mazarino. España y el fin del «orden de los Pirineos» en 1661. *Pedralbes: Revista d'història Moderna*, 29, 339–393. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4120371

Venning, T. (1995). *Cromwellian Foreign Policy*. St. Martin's Press.

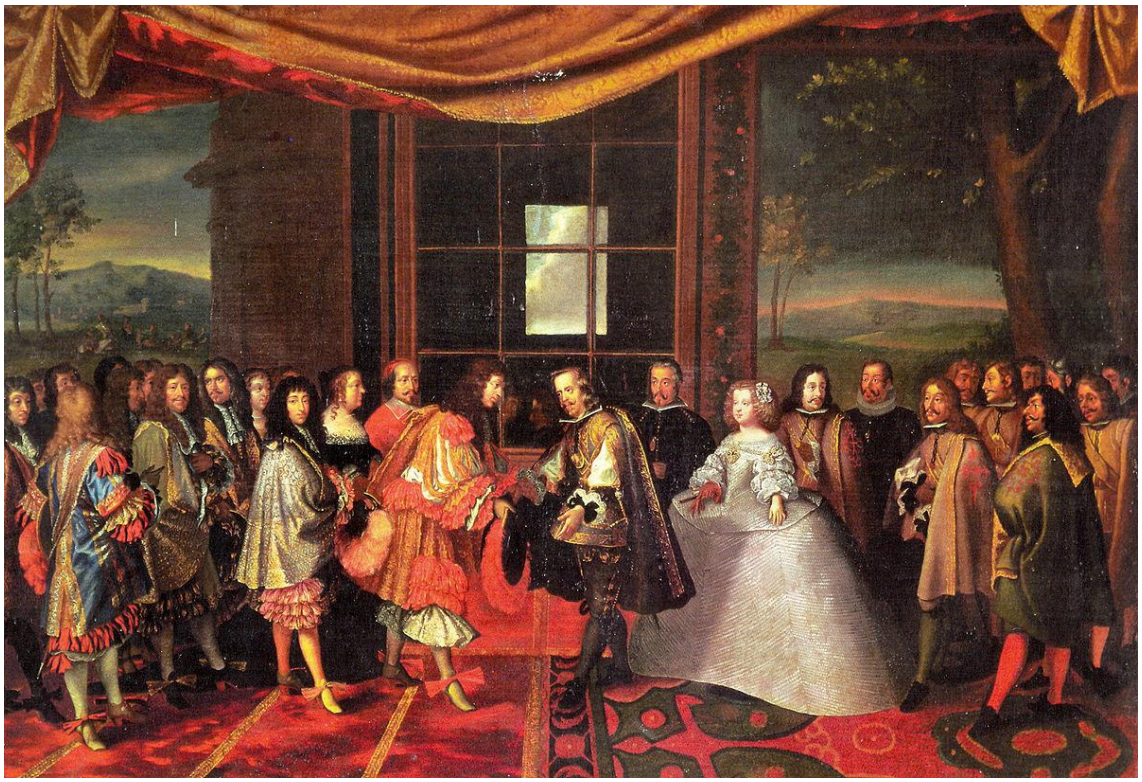
Williams, L. (2016). El correo ordinario y extraordinario y el Tratado de los Pirineos : The postal service and the Peace of the Pyrenees. *Libros de La Corte*, 13, 67–85. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de https://doi.org/10.15366/ldc2016.8.13.003

Wrede, M. (2021). *La guerre de Trente Ans Le premier conflit européen*. Paris, Armand Colin. Recuperado el 10 de octubre de 2024, de https://doi-org.ezproxy.univ-catholille.fr/10.3917/arco.wrede.2021.01.

8. ANEXOS

Anexo I: La entrevista de Luis XIV y Felipe IV en la isla de los Faisanes.

De Jacques Laumosnier. 1660. Museo de Tessé, Le Mans, Francia.



Fuente: Wikipedia (2013). Archivo: Traite-Pyrenees.

https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Traite-Pyrenees.jpg